

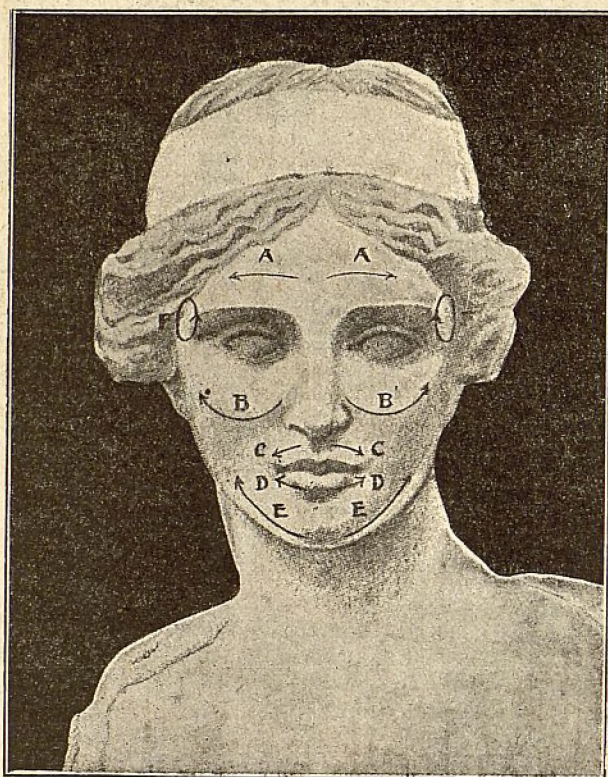
BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

El inspirado poeta Teódulo Furziátez dictando a su dactilógrafo «d'après nature», su conocidísima oda «Al canto del verderón».



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Cupón núm. 2

que deberá acompañar
a toda solución que se
nos remita con destino
a nuestro CONCURSO
DE PASATIEMPOS del
mes de agosto.

7.—Patriarca.

BAILE

AGUERO

8.—En Cáceres.

EN LOS R TONELES

EGO

500 ORIENTE 50

MATERIA SIN S

OSOSO TERROSO

9.—Un golpe junto al
brasero.

—No vuelvo a leer a *cuarta-ter-*
cia, papá.
—Ponte bien ese *tercia-cuarta* y
lee lo que tu padre te manda.
—Me duele el *prima-cuarta* y no
puedo más.
—*Segunda* que eres un vago y
nada más.
—Seguiré, pero por temor a que
me sueltes un *todo*.

Para las condiciones de este
Concurso, véase nuestro nú-
mero 140.

10.—Para recién nacidos.

EL SEÑOR B NO

CREE EN DIOS

11.—Apellido.

1000

Hinca la reja y arrea
la yunta

5

CRISTIANA—A

CUPÓN

correspondiente al núm. 141

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar
a todo trabajo que se
nos remita para el Con-
curso permanente de
chistes o como colabo-
ración espontánea.

12.—Chisme.

F A Z

1000500

En la República Argentina se vende BUEN HUMOR en todos los quioscos, estaciones del
:- :- :- ferrocarril y subterráneo y en las oficinas de nuestro representante :- :- :-
A. MANZANERA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES
:- :- En Buenos Aires sólo cuesta 25 CENTAVOS el número de BUEN HUMOR :- :-

En esta época es cuando
no debe usted olvidar
tener en su casa los
famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

Infalibles para la des-
trucción de toda clase

: :- de insectos :- :



(De Life, de Nueva-York).

EL BANDIDO BIEN EDUCADO.—Perdón, señor, ¿pero no le he robado ya en
otra ocasión?

LA VÍCTIMA.—No reconozco su cara, pero su pistola me resulta muy fa-
miliar.

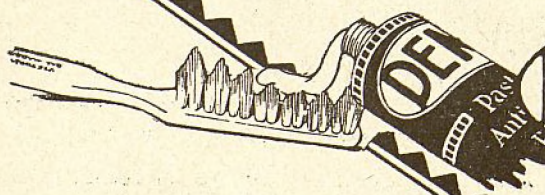


NO VACILE USTED.

Pida hoy mismo por teléfono
a su perfumista un tubo de

P. A S T A D E N S

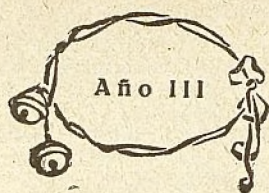
Úsela a diario y tendrá usted una den-
tadura sana, limpia y resplandeciente.



DENS

TUBO, 2 PESETAS
EN TODA ESPAÑA

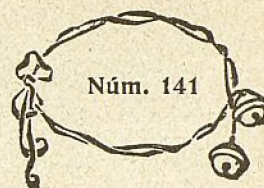
PERFUMERÍA GAL.-MADRID



BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

Madrid, 10 de agosto de 1924.



EL GATO

NUNCA esperé nada bueno de aquel gato que, por las oficiosidades de una vecina y las lamentaciones reiteradas de la servidumbre, había caído en casa para alivio de roedores impenitentes.

Siempre he sido gatófilo, pero aquel representante de la especie a la que tantas veces demostraré mi acendrada simpatía, tuvo la virtud de inspirarme, desde el primer momento, una pasión contraria, bien por su retraimiento sistemático a mis caricias y sus fugas rápidas e inexplicables, bien por no acudir a recibirme a la puerta, cimbreante la cola y avispados los ojos, como hicieron puntualmente durante su estancia en mis lares todos sus semejantes y antecesores.

¿Era bonito aquel gato o feo? No hallo en mí la suficiente ecuanimidad para juzgarlo. Mis deudos nunca emitieron opiniones autorizadas sobre él.

Tío Enrique se manifestó de esta forma el día primero que lo topó en el pasillo: — ¡Hombre, qué gato!

Los representantes del sexo femenino, aquel otro en que lo ataviaron con gran lazo al cuello y cascabeles, pusieronle de encantito, palomo, pocholo y otros términos igualmente ofensivos, que no había por donde cogerle. Pueden, sin embargo, atribuirse éstos a los adornos de aquel insigne representante de los Micifús españoles, no a él mismo, porque jamás motivó análogas exteriorizaciones laudatorias una vez desposeído de los cascabeles y de los cintajos.

Mi padre nunca se interesó por el gato directamente, sino por sus víctimas. Y aquella noche memorable, que costó la vida a dos aguerridos ratonzuelos que de sus chiribitales salían a ver mundo, una sonrisa satisfactoria alboró en su semblante y de la chu-

leta de ternera que a la hora del almuerzo consumía, dejó un pingo respetable adherido al hueso con una inexpressa sentimental dedicatoria: — Para *Lunares*.

Nada significa este acto de delicadeza ni en pro ni contra de su físico, cuestión que decido obviar de ahora para siempre, porque no encierra positiva transcendencia. Sí haré hincapié, por el contrario, en otra que juzgo interesantísima y de urgente resolución. ¿Porqué mis cinco años de aquel dichoso entonces se revelaban contra *Lunares*? ¿Qué causa era la determinante de mi animadversión? ¿Porqué, igualmente, me huía *Lunares*? ¿Conocía, acaso, todo el odio que germinaba en mi pecho? ¿Le era antipático por in-

tuición, por instinto? ¿Quién puede saber los misterios que encierra el corazón de un gato!...

En cuanto a mí, ya todo él me molestaba de irritante manera, y yo no soportaba sus desperezamientos de ineducado e insocial, cuando afincaba sus patas delanteras en el hule del pasillo y abría su boca minúscula repasando por ella su lengüecita afilada.

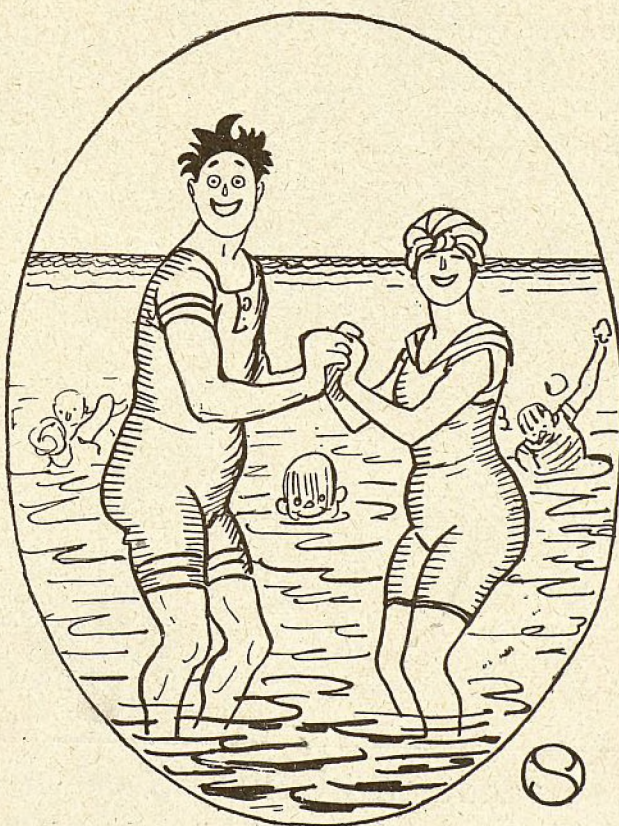
Me propuse que le expulsasen e inicié una falaz campaña, cuyos primeros peldaños fueron encaminados al fomento de su descrédito como cazador de valía y como huésped cortés. Con esta finalidad arteramente oculta, le atribuí mil fechorías de orden doméstico, a las que abajo aludiré.

Escalonando su importancia, graduándola cuidadosamente, conseguí que una corriente de opinión contraria a *Lunares* germinase en casa. Cuando se enarcaba, tras su siesta cotidiana, ya no producía la expectación de antaño y su ingenuo asombro ante los objetos de contextura extraña no era reseñada por mis hermanos con el alborozado comentario de los días de privanza.

Yo fui el que le acusé de haber confraternizado vergonzosamente con otros gatos de la vecindad en el recibimiento; yo fui el historiador de su supuesta fuga ante el enemigo una noche en la cocina; yo, quien extraje de las profundidades repelentes del cajón de la basura una espina de lenguado para mostrarla a mis progenitores como resto último de un banquete furtivo de *Lunares*.

Era una conducta cobarde la mía, ¿cómo negarlo? E innoble, también; hablemos con franqueza. Yo hubiese podido ser procesado por calumnias.

Pero, ¡ay!, que ni ésta auguraba la victoria apetecida. Poderes de raíces muy hondas en un hogar bien organizado le defendían. La doncella: he ahí su defensora



Dib. SILENO.—Madrid.

principal. Estaba confeccionándole, con maternal ternura, un abrigoito de punto; diariamente renovaba, además, el aserrín y el agua de su cajoncillo, lecho, despacho y evacuatorio a la vez del maldito gato.

Se hacía preciso inventar una nueva historia más denigrante aún que las anteriores, para provocar la cólera paterna y acallar los sentimientos compasivos con su maldad y su malicia.

Mi caletre infantil, sometido a tortura, parió con éxito feliz la nueva calumniosa deseada.

Fué una mañana de abril. Rocié un almohadón de raso con agua de colonia. Luego grité estentóreamente:

—¡Mamá, papá!... ¡Venid, venid!

Y cuando, alarmados por mis voces, llegaron, les mostré el almohadón y en su centro la gran mancha del agua expandida a oleadas caprichosas de labios amoratados.

—El gato, ha sido el gato—perjuré con cinismo—. El gato se hallaba junto a mí y me oyó. Doy mi palabra de honor de que me entendió. Le vi ruborizarse y palidecer alternativamente. El brillo de sus ojos, tras un breve eclipse, reprodujose con luminosidad insuperada y recriminadora.

Mi hermana le cogió un gran pellizco en el pescuezo, y, por él sujeto, le condujo en volandas junto al almohadón.

Allí le hicieron hociquear los linderos del manchón, aplicándole al tiempo sendos papirotazos en la nuca, a fin de hacerle comprender la inmensidad de su delito, la pertinencia de la pena impuesta y la moraleja a deducir.

El emitía melancólicos ¡miaus!, que adquirían en mis oídos onomatopéyica apariencia de disculpa.

A intervalos me tendía su pata delantera con las uñas avizoradas y curvas como diciéndome: —Ya verás, ya verás...

El último palmetazo resonó con un eco blando en sus nalgas, apretujadas, para ofender blanco reducido.

La familia deliberó brevemente, decidiendo la expulsión de *Lunares*. El júbilo se amalgamó en mi alma con el remordimiento.

Éste se hizo más intenso cuando la doncella, que llevaba a *Lunares* aposentado en su regazo, cruzó en derchura de la coc'na propinándole sus más apasionados besos de despedida en el bigoruto hociquito.

¡Oh, qué horrible instante!... El gato, con aquella fácil comprensión de que le había dotado la Providencia, se daba absoluta cuenta del fallo recaído y mayaba angustiado. La doncella, emocionada, pugnaba por contener sus lágrimas; y mi familia, con esa solicitud que pone la sociedad en sus últimos

tratos a los condenados después de haberles hecho la pascua condenándolos, le despedía afablemente, ante la puerta entreabierta.

Entonces sentí la responsabilidad que me incubiría si lo dejaba marchar. Me lo imaginé paseándose por tejados inhospitalarios las noches de luna, acurrucándose en las esquinas los días de nieve, perseguido a pedradas por los pilletes, descuartizado y con un gran lebrero en su vientre que dijese: «Ternera a 6 pesetas kilo.»

¡Oh, qué instante, qué horrible instante!... La voz de la conciencia se hizo oír por cima de la despreocupación de mis cinco años.

El gato clavaba en mí sus miradas, que eran un reconcomio tácito y violento; mis deudos decíanle adiós un poco conmovidos, porque quien más quien menos evocaba la memoria de las cucarachas halladas muertas tras sangrienta batalla.

Entonces me adelanté a todos y dije:

—¡Alto, señores, alto! El gato no tiene porqué salir de casa—. Lo afirmé con un aplomo tribunicio.

—El gato no tiene porqué salir de casa.

—¿Qué tonterías dices?—repuso mi madre, que siempre me conocía—. ¿Piensas que va a estropearnos los almohadones?

—No; el gato—afirmé—no ha estropeado almohadón ninguno.

—¿Cómo?

—El gato no ha hecho nada de lo que le atribuis.

La doncella me lanzó su sonrisa más cariñosa.

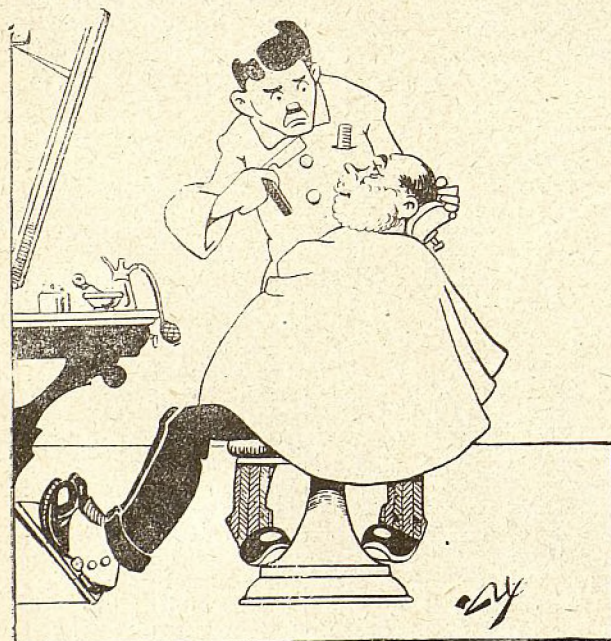
—¿Quién es, entonces, el que ha manchado el almohadón?—preguntó mi padre.

Bajé los ojos tímidamente y respondí: —Yo.

Como si el gato comprendiese el alcance decisivo de mi aserto, salió al suelo declarándose libre de culpa. La doncella fuese con él risueña y satisfecha.

Mis deudos miráronme sorprendidos: —¿Tú has sido el de la mancha?—me decían—. ¿Tú has sido el de la mancha?—Y como yo contestase que sí repetidas veces, llegaron a creerlo, efectivamente. Y después de creerme me recriminaban: —¡Parece mentir! ¿No te da vergüenza? ¡A los cinco años!... —Porque ninguno quería creer que la mancha era de colonia.

JOAQUÍN CALVO SOTELO



Dib. LIRDA
Barcelo na.

—¿Quiere que le
deje algo en la
cara?

—Sí, señor: si
puede ser, la na-
riz...

BUEN HUMOR se vende en LONDRES en Coin de France, L^{td}.



17, Green Street, Leicester Sq.





—Y qué, ¿le prueba a usted el veraneo en esta playa?

—¡Ya lo creo, señorita: he acertado dos plenos!

Dib. BERNAD.—Barcelona.

MI VERANEO

Yo, que no soy vanidoso
porque ni puedo ni quiero
como nuestro compañero
Casimiro, *el poderoso*,

os declaro, a fuer de amigo,
que este año no me han de ver
ni en Biarritz, ni en Santander,
ni en San Sebastián ni en Vigo,
y que aunque el calor me abrasa
y otro fuera mi deseo,
este año no veraneo
más que dentro de mi casa.

¿Para qué os he de engañar
como el necio Casimiro
si sabéis que yo no aspiro
lo que no puedo lograr?

Pero eso sí, con esmero
todos los días me baño
en una pila de estaño...
mejor que en el Sardinero.

Cuando está el agua templada
al temple que necesito,
le hecho siempre un puñadito
de sal, y queda salada;

luego unas algas marinas,
veinte almejas, seis pulpejos,
catorce o quince cangrejos
y diez o doce sardinas,
y sin ninguna etiqueta
me meto en cueros, sin traje,
me hago a gusto el oleaje...
¡y la ilusión es completa!

Para mayor ilusión
todavía, le hago a un chico
que me cante algún *zortzico*
desde la otra habitación,
y a una chiquilla gentil,
que con maña la maneja,
que golpee una bandeja
imitando el tamboril,

y sin otro talismán
ni más gastos ni más tren,
veraneo... de *chipén*
¡igual que en San Sebastián!

¡Y qué delicioso baño
sin aquel suelo arenisco
con el olor a marisco
y en mi pilita de estaño!...

¡Me abanico, me adormezco
y entre ensueños de placeres

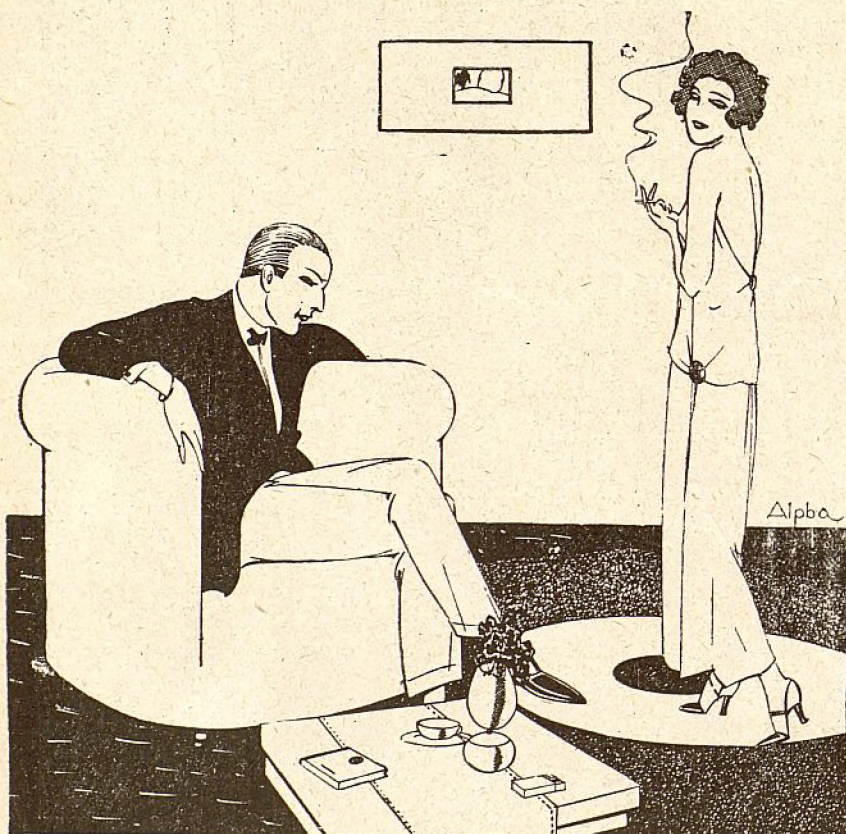
creo ver veinte mujeres
locas, por ver si aparezco!...

Claro es que por indolencia
lamento equivocaciones
que en diversas ocasiones
me suceden con frecuencia.

Anteayer, sin ir más lejos,
mi doncella, que es atroz,
me echó almejas... con arroz
y cocidos los cangrejos;
y pensando el disparate
mayor que nadie sospeche,
sardinas... en escabeche
y pulpejos... con tomate.

Yo, feroz, hecho un Atila,
ya no sabía qué hacer,
si matar a esa mujer
o zambullirme en la pila,
hata que visto el engaño
se redujo mi regaño
a decirle a mi doncella:
—¡Yo le he pedido a usted un baño
y me ha hecho usted una paella!

FIACRO YRAYZOZ



Dib. ALPHA.—Melilla.

—Es triste reconocerlo: sólo estás cariñosa conmigo cuando me vas a pedir dinero...

—¡Tienes razón... monín, encanto, riquín míol...

¡ZZZZT!

(COMEDIA RÁPIDA)

I

Entre marido y mujer

- Ya he encontrado criada, Enrique.
- ¿Buena?
- Dentro de un año te lo podré decir.
- ¿Tanto tiempo piensas tenerla?
- No pienso nada. Eso del año es una mera suposición.
- ¿Es joven?
- Todas lo son.
- ¿Guapa?
- Todas quieren serlo.
- ¿Cuánto quiere ganar?
- Mucho.
- ¿Cuándo quiere salir?
- Siempre.
- ¿Qué sabe hacer?
- Todo.
- Dila que venga.

II

El señor y la criada

- ¿Es usted la...?
- Sí, señor.
- ¿Cuántos años tiene?
- Veinte.
- ¿De dónde es?
- De Sort.
- ¿Cómo se llama?
- Bel.
- ¿Bel?... ¡Qué raro!
- Mi nombre es Isabel, pero Bel es más corto.

—Me agrada su despejo.
—Yo soy así: pensado, dicho y hecho. ¡Zzzzt!...
—¿Hasta en el trabajo?
—Ya lo verá usted.

III

Al día siguiente. Entre marido y mujer

—¿Cómo va la nueva chica?
—¡Admirablemente!
—¿Cumple?
—Cronométricamente.
—¿Lista?
—Como el viento.
—¡Buena suerte hemos tenido!
—Si no se malea...
—Toma; dila que lleve esta carta al Correo.

V

Diez minutos después. Entre el señor y la Bel

—¿Ya está usted aquí?... ¿Qué le ha sucedido?
—Nada. ¿Qué había de sucederme?
—¿Usted ha ido al estanco?

—Y eché la carta en el buzón.
—¡Pero si de aquí al estanco hay lo menos un cuarto de hora!
—¿Tanto?
—Y otro tanto de vuelta.
—No; al volver es cuesta abajo.
—Sea como sea, eso no es correr, es volar.
—Ya sabe lo que le dije. Soy así. ¡Zzzzt!...
—Usted no debía llamarse Bel.
—¿Cómo, entonces?
—Águila, condor, doble hélice, tramontana...
—¿Bromas a mí?... No se canse.

V

Al día siguiente. Marido y mujer

—Enrique, esto se pone mal.
—¿Qué sucede?
—La Bel ha desaparecido.
—¿Es posible?
—A las ocho se fué a la compra. Son las once... y no asoma.
—Quizá le haya sucedido alguna cosa.
—¡Cál!... He ido a ver su cuarto... y no está su ropa.

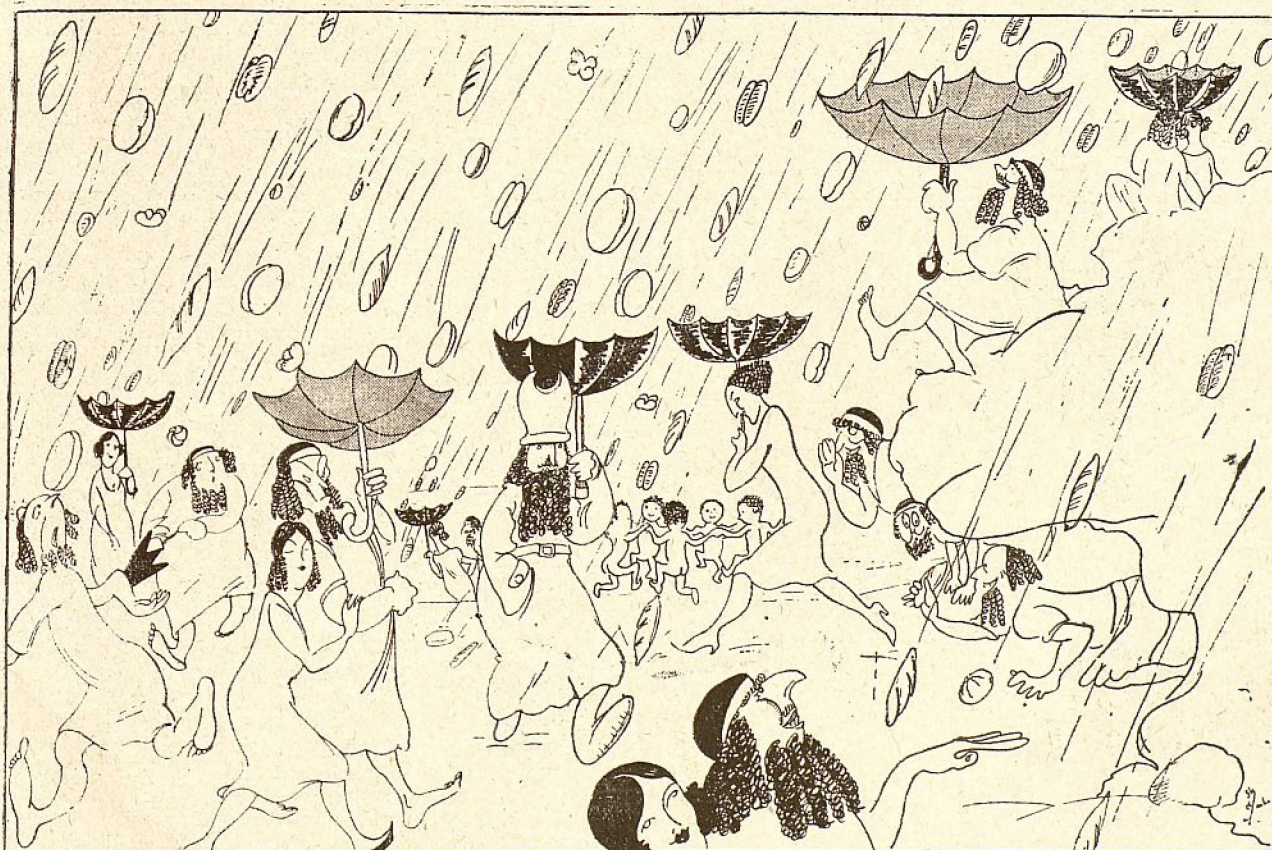
—¡Demonio!
—Además, ven, mira...
—¿Qué?
—El cajón del aparador...
—¡¡Vacío!!
—Completamente limpio.
—¡Ah!... El águila ha extendido sus alas... Como ella decía: «¡Zzzzt!...» Hay que dar parte en seguida.

VI

En la Comisaría

—Usted dirá...
—Mi criada...
(La agitación no deja hablar a don Enrique.)
—Sosiéguese... Su criada... ¿qué?
—Acaba de emprender el vuelo...
—¿En aeroplano?
—¡Ay, no!
—¿En dirigible?
—¡Tampoco!
—Entonces, ¿cómo?
—¡Con una docena de cubiertos de plata!...
(Telón pausado. Esto es lo único que en la comedia no va de prisa: el telón.)

VICENTE VEGA



EL VERANEO DE LOS ISRAELITAS

Dib. SAMÁ.—Madrid.

—Lo molesto en estas playas es que siempre está lloviendo este dichoso sirimiri de maná!...

LA TASCA DE APACHES

Monsieur Dubois había tenido una idea, y estaba muy regocijado, pues había sido calçada de otra que ya había dado frutos provechosos.

Monsieur Dubois quería poner un restaurante de noche, pero no al estilo de los corrientes.

El restaurante que proyectaba había de ser la perfecta *boîte* parisina para extranjeros. Existía una en la cual bullían y era su principal atracción algunos jóvenes pintados y vestidos de mujer, otra en la que se daban cita todos los cocainómanos de París, otra... en fin, tantas había que no es preciso enumerarlas; así es que ni siquiera hablaremos de aquella en la que se reunían los que miran jugar al billar y al ajedrez horas y horas, ni la otra en donde tenían sus sesiones los de la Unión internacional de individuos que rompen las narices a las estatuas de los paseos.

Monsieur Dubois encontró un local; era un antiguo bar americano, de limpias paredes blancas, muebles de caoba ¡...!, vajilla de plata, un precioso bar 1917.

Tenía, además, unas cuevas para colocar los trastos viejos y las botellas nuevas.

El novel propietario se dispuso a hacer reformas; era hombre a quien no dolían cinco o diez mil francos más o menos.

Una brigada de obreros trabajaba

sin descanso. Unos, ensuciaban las paredes, las desconchaban; otros quitaban el barniz a los muebles—los más lujosos hubo que venderlos—, el parquet fué sustituido por ladrillos rotos, llenos de melladuras.

Se habilitó la cueva, se colocaron mesas de pino, se cambió el alumbrado eléctrico por el de gas y en un rincón se colocó un cajón que haría veces de escenario para los cantores.

En la puerta de la cueva pintaron una calavera y dos trazos en aspa que querían ser dos fémures; sobre ello escribieron:

«Lasciate omni speranza.»

Monsieur Dubois afirmó:

—Esto asustará mucho.

En vista del éxito menudearon las inscripciones en el establecimiento; en las paredes no dejaron un espacio libre: «Bubú et Amélie s'aiment pour la vie.» «Juliot es el más chulo de Montparnasse.» «La Môme Zuzú se pelea los sábados con la que quiera enfrente de la Rotonde.» «Llevo 16 muertos y 32 heridos, je suis une hache. Philippe.»

El nuevo propietario estaba satisfechísimo.

—Esto va muy bien—decía—; ahora sólo queda el contratar apaches para que den ambiente.

El propio Dubois fué en su busca; hombre de negocios, salió como el que va a comprar un paraguas.

Surgió su primera duda: ¿dónde en-

contrar apaches? Decidió buscarlos por los bulevares que habitan en las novelas; comenzó su paseo por el de Sebastopol. Monsieur Dubois caminaba lentamente por la acera, afectaba un aire despreocupado, con sus dos manos en los bolsillos y silbando una *Java*; la gente se volvía para mirarle.

Su primer paseo fué infructuoso, y Dubois achacó esto a su indumentaria. Cambió, pues, el *chaquet* por una chaquetilla corta; su pantalón rayado por uno bombacho; su corbata por un pañuelo rojo y su sombrero hongo por una encantadora gorra de alpaca.

No se decidió a sacrificar la barbita; ¿porqué no podían existir apaches con barbita?

Cuando llevaba diez minutos de paseo, se vió interpelado por un caballero de aspecto extranjero.

—¿Es usted un apache? —le preguntó?

Monsieur Dubois sintió un ramalazo de orgullo.—Sí, señor—aseguró con una voz, gruesa como una abuela.

—Es usted el único que no conocía,—prosiguió el caballero—y me alegro encontrarle; espero que se vendrá con sus compañeros a América. He contratado a todos los apaches para tomar parte en una gran revista. Cantarán una *Java* a coro y algunos bailarán.

—¿Usted baila o canta?

—Yo toco el arpa—insinuó modestamente monsieur Dubois.

Cuando el falso apache volvió a su establecimiento, ya tenía decidido lo que había de hacer. No podía contar con apaches auténticos, pero sí con amigos y con asociados. Requirió, pues, la colaboración de algunos íntimos y de algunos individuos de su familia. Un profesor de la Sorbona, un actor de la Comédie Française, un agente de policía y su buena cuñada Juana, una señora vieja y huesuda que podía pasar perfectamente por el imprescindible invertido vestido de mujer.

El actor proporcionó trajes y caracterizó a los demás, mientras que una sutil propaganda en los grandes hoteles y entre los guías de la agencia Cook aseguraban una escogida clientela.

La velada inaugural se celebró con la mayor felicidad. El profesor de la Sorbona y el agente de policía imitaron a la perfección una riña violenta; el actor recitó monólogos y doña Juana encantó al auditorio con sus canciones perversas, su voz atiplada, y sus ademanes femeninos.

Monsieur Dubois hubiera sido feliz sin la manía de los extranjeros en llevarse recuerdos. Al profesor de la Sorbona le había desaparecido el reloj, al actor el portamonedas y a él mismo la cartera.

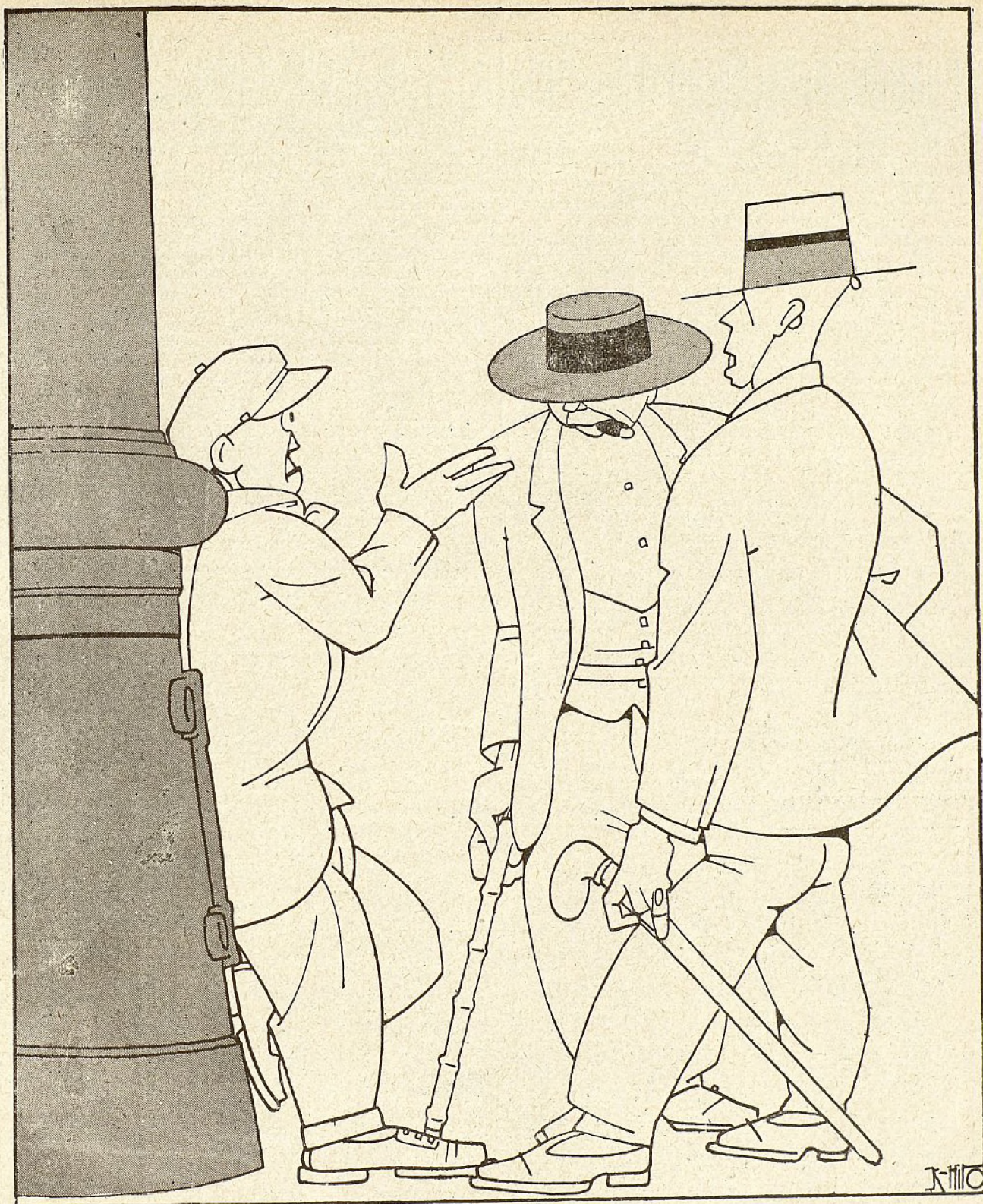
EDGAR NEVILLE



Dib.
LUENGO
Sevilla.

EL. — *Te aseguro que siento la necesidad de bailar tanto como la de comer...*

LA TANGUISTA. — *Pues yo cuando siento necesidad de comer es cuando tengo que bailar...*



Dib. K-Hiro.—Madrid.

- A mí uno de Santa Coloma me metió el pitón por un ojo y casi me mata.
—¡Pues yo, una vez que no tenía dos pesetas, toreé en Ríca un marrajo que me metió el cuerno por el vientre y me mató!...
—¡Contra! ¿Y cómo demonios estás ahora aquí?
—Porque no tenía donde caerme muerto...

¿PORQUÉ SE LLAMAN LAS CALLES DE MADRID COMO SE LLAMAN?

¿Ustedes no lo saben, verdad?

Es muy triste decirlo, me da rubor suponerlo, acelera el ritmo de mi corazón y ennegrece mi sangre el tenerlo que propalar a los cuatro vientos (con peligro de que se enteren los alumnos de la escuela de aviación), pero es seguro que no lo saben ustedes. En España somos todos tan opuestos a ilustrarnos, aborrecemos la ciencia y la historia de tal manera, nos importan las cosas un pito tan enorme, que no pasa día sin que alguno de los escasos talentos que andan por ahí, pálidos de ganas de comer y nefastamente trajeados, nos tenga que decir con acento de desprecio: «¡Qué vergüenza!... ¿Conque usted ignora el origen de la paella a la valenciana?... ¿Conque usted no sabe si el amantísimo padre de Marco Bruto era Bruto también?... ¿Conque es cierto que está usted en ayunas de que el huevo de Colón fué el primer huevo pasado por agua del mundo (porque se lo llevó a América), y de que, como el viaje fué tan largo, al llegar allí estaba ya hecho un pollo?... ¡Es usted un cavernoso analfabeto, indigno de que le estrechen la mano los cate-dráticos pistonudos y de que le besen la mejilla las maestras superiores!...»

No he de osar yo, queridos lectores, faltar al respeto de ese modo a los ignorantes; primero porque yo nunca oso, ni aun hablando por el balcón con mis adoradas de más confianza, emplear palabras fuertes; y si no oso eso con quien podría perdonármelo,

menos voy a osarlo con el que quizás esgrimiese un dilatadísimo palo para iniciar la discusión consiguiente. Pero séame permitido lamentar con todas las fuerzas de mi noble pecho que ustedes, y a estas fechas tan avanzadas, ignoren porqué causa, porqué razón, porqué motivo, porqué hecho, porqué coincidencia, porqué antecedente o porqué narices se llaman las calles de llamarse Madrid como se llaman en lugar de como no se han llamado nunca.

Yo lo sé, y no ciertamente porque tenga talento, sino porque tengo un amigo que me lo ha dicho. Naturalmente que otro que no fuese yo se callaría y dejaría que continuasen sus lectores en la negra ignorancia que hoy les abruma; pero yo no puedo hacer eso; mi alma se rebela ante la idea del silencio y me impulsa a derramar mis conocimientos con la misma generosidad que si fueran agua de Lozaya, vino de Valdepeñas u otros líquidos de escaso valor.

Lo que yo sepa, absolutamente todo lo que yo sepa, lo sabrán los egregios y sonrientes compradores de Buen Humor, pero que volando. ¿Quieren ustedes una prueba inmediata? Pues el día que yo sepa que La Cierva ha emzado a tener talento, lo sabrán todos los españoles, menos él, que seguirá dudándolo y hará muy bien. Y el día fausto (que para mí será día Don Fausto) en que yo sepa que me va a caer un gordo, lo sabrán todos mis lectores y además podrán contar con un real de

participación, nada más que con que me manden una tarjeta diciendo que son admiradores míos hasta la muerte y que si yo dejo de escribir alguna vez se van a ver obligados a llorar con atroz amargura durante una porción de horas o quizás de días o tal vez de meses.

Decíamos, pues, ciñéndonos bárbaramente al asunto, que resulta interesante y ameno hasta el delirio conocer los antecedentes que han obligado a dar determinados nombres a ciertas vías públicas de la corte. Ustedes no habrán caído, ni habrán resbalado siquiera, en el porqué de llamar calle de Peligros a la calle de Peligros, y, sin embargo, la calle de Peligros no podía llamarse otra cosa que calle de Peligros, a no ser que los encargados de bautizarla se hubiesen empeñado en cerrar los ojos ante la realidad y en hacer el gigantesco ganso negándose a llamarla como se llama.

Es el caso que, desde luengos y ancianos años, vienen discuriendo y deambulando por esa calle, y, principalmente, desde la esquina de Fornos a la de Jardines, unas esclarecidas señoritas, de un talento tan preclaro y de una penetración tan refinada, que, aun en las sombras de la noche, adivinan cuál transeunte es moreno, quién es rubio nada más, qué otro es adinerado y rentista y quién de los que pasan es agente de Policía. No se contentan las innarrables criaturitas con adivinarlo, sino que, para demostrar que lo han adivinado, se lo dicen al transeunte. De ahí que constantemente se las oiga proferir saluciones como «¡adiós, moreno!... ¿dónde vas, rubio?... ¡hola, rico!... ¡o ¡jay, mi madre, que viene un agente!...», frase esta última que la suelen verter iniciando un amago de carreras pedestres sin opción a premio ni aspiración al menor campeonato.

Hay transeuntes que se interesan por el talento de estas nobilísimas hijas de familia y entablan con ellas diálogos conducentes a averiguar el medio de que ellas se valen para conocer a los morenos, a los rubios, a los ricos, etc., etc. ¡Y precisamente en estos diálogos están los Peligros, queridos lectores, y los ponemos con mayúscula, porque, realmente, son desafortados y estrepitosos y porque así se han puesto en los rótulos de la calle desde tiempo inmemorial!...

Sabida ya la razón que motivó y motiva y motivará el que se llame de esa manera (y en vista de su concurrencia, mucho más numerosa que distinguida) la vía pública que nos ha ocupado, es interesante también conocer la causa que dió el nombre a otra calle muy cercana a la anterior. Vivía en ella, allá por el año 1859, un sujeto de muy buena familia, un poco tocado, que tenía



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

—¿Tú crees que nos cogerá el guardia?

—¡Ca, hombre; no ves que el reloj va adelantado y le llevamos media hora por delante!...

la costumbre de salir al balcón en las noches de verano a decir a voz en cuello chistes y colmos con el fin de que se solazasen los vecinos. Sus colmos eran reídos estrepitosamente desde los balcones próximos hasta los remotos, y cada noche era una juerga apocalíptica, que dejaba en mantillas a la anterior. Una de las noches, el festivo sujeto apareció en calzoncillos en la bañaustrada; pero, con objeto de que los transeúntes no dudasen de su jerarquía social, lucía un magnífico sombrero de copa, lo cual daba cierto prestigio y respetabilidad a sus paños menores. Hay que decir que, aparte de la del sombrero, tenía aquella noche unas cuantas copas de más, pero por eso mismo su salero se desbordó como nunca, y llegó a tal extremo la hilaridad del vecindario, que se enteró todo Madrid y acudió a oír al tío aquél con más fe que al teatro.

Y en el momento de decir que el colmo de un panadero era hacer pan con el peso justo, un chulo opinó que era un gachó de gracia; y otro chulo, observando la chistera, rectificó diciendo que estaba conforme con lo de la gracia pero no con lo de gachó, porque bien se veía que era un caballero. ¡Y ahí tienen ustedes explicado porqué se llama calle del *Caballero de Gracia* a la calle del ídem de ídem!...

Tampoco dejan de ser peregrinos los motivos que dieron nombres a las siguientes calles:

La del *Ave María*, porque había en el número treinta y seis una cotorra a la que su dueño la llamó María, en homenaje a su difunta madre política, que hablaba más que el animalito aunque un poco menos académicamente.

La de la *carrera de San Jerónimo*, porque fué donde este santo cursó los tres primeros años de Medicina, con gran aprovechamiento.

La de *Hermosilla*, porque vivió en ella Loreto Prado cuando se empezó a edificar por allí, y en homenaje a su belleza se inventó la modesta palabra.

La de *Esparteros*, porque pasaron dos o tres veces por la acera derecha el ilustre general y el conocido matador de toros.

Es muy curioso el caso que dió origen a que se llamase a la antigua calle de Barrionuevo calle del Conde de Romanones. Este señor (nunca bastante alabado), cuando empezó a ser persona influyente, pasó un día por la susodicha calle en unión de un concejal propicio y se le ocurrió decir: «¿Habrá medio de que esta calle fuese mía?» Comprenderán ustedes que no se tardó ni horas veinticuatro en cambiar de nombre a la infeliz vía pública, cargándole el sambenito de llamarse de esa manera para toda la vida. Pero lo lo que ni siquiera se figurarán ustedes es que el conde se enfadó mucho con el concejal, y a guisa de rapapolvo furibundo le vino a decir que lo que él

pedía era la calle con casas y todo, pues o el idioma castellano es el más claro del mundo o no hay forma de dudar cuando uno dice si habría manera de que fuera suya una cosa, sea calle, plaza o glorieta. Sépase, pues, que la calle del Conde de Romanones, aunque es del conde no es de él, y que él todavía no se ha consolado de la ironía que le adjudica un conjunto de edificios de los cuales no puede echar a los inquilinos, ni subir los alquileres, como sería su deseo.

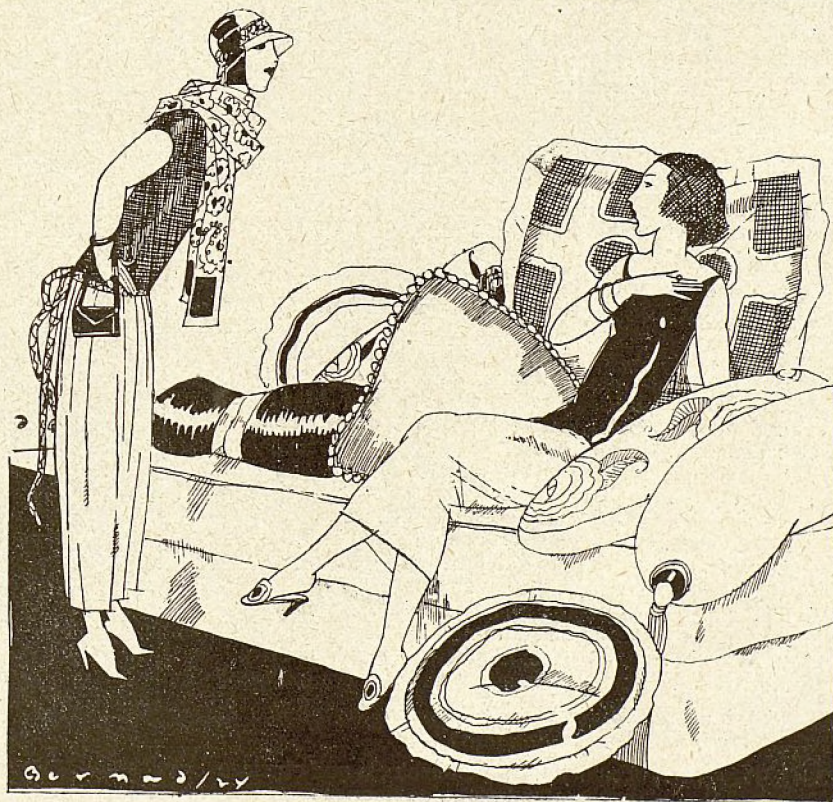
Y, para terminar, que esto ya se va haciendo largo y un poco ancho, expliquemos el porqué de llamar calle de la Madera Alta y calle de la Madera Baja a los dos trozos de la calle de la Madera, por donde ustedes seguramente han pasado estos últimos años buscando un piso, que ya antes habrían tenido el disgusto de no encontrar en las demás calles de Madrid. A principios del siglo XIX había en la calle un carpintero de armar, casado con una señora que era de armar también. La belleza de la socia era tan conturbante y perturbadora que le salían más galanteadores que pelos. El carpintero, que era un poco arrimado a la cola, empezó a escamarse, y teniendo en cuenta que era carpintero de armar, la

armó un día, y obesa, con un pollo que se permitió ciertos desmanes casi en presencia de él y, desde luego, en presencia de ella. El celoso (y quizás probó) comerciante agarró un listón de roble, tamaño, y salió detrás del tenorio, enarbolándolo concienzudamente. A mitad de la calle le alcanzó y depositó el tablón repetidas veces sobre su cabeza (*Madera Alta*); y, en vista de que el enamorado galán seguía corriendo para evitar cuestiones, le volvió a echar mano antes de que saliera de la calle y repitió su hazaña, adhiriéndole el trozo de roble, con frenética velocidad y en varias tandas, a ese sitio que todos tenemos un poco más abajo de las espaldas (*Madera Baja*).

¡Y vean ustedes de qué modo tan sencillo e inocente quedó bautizada la calle, aunque hoy deploro yo con toda mi alma que, para bautizar a una vía pública, haya habido necesidad de romperle el bautismo a un transeúnte de la misma!

Pero no importa, señores: con la sangre de los héroes se han escrito muchas lápidas en este mundo, y mientras no se emplee para esa clase de escrituras ni la de ustedes ni la mía, vamos bien.

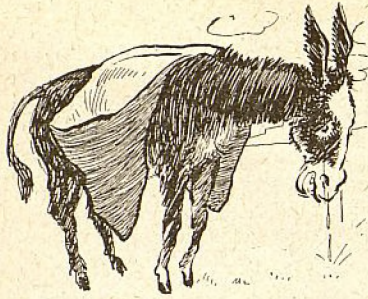
ERNESTO POLO



Dib. BERNAD.—Barcelona.

—¡Sí, hija; le quise con locura!
—¿Y duró mucho?
—¡No lo sé; no miré el reloj!...

LA ENTREGA DE GRANADA⁽¹⁾



En las dulces orillas del Genil, —cuya corriente pura y azulada— baña la extensa Vega de Granada,—ocurrió el hecho aquel, el año mil;—mil cuatrocientos y noventa y dos,—si hemos de andar de la verdad en pos.

Ya un trecho avanzó el día en su camino,—luz del sol el áureo cabello—y no describo su destello bello,—porque no quiero hacer el peregrino.

Estamos a dos de enero,—y a pesar de que hace frío,—un monumental genio—cubre del valle al otero,—y las márgenes del río—y hasta el último sendero,—que baja como en cascada—desde la Sierra Nevada.—Y yo os afirmo en verdad—que esas numerosas gentes—son cristianos, impacientes—por entrar en la ciudad.—En el Genil recostada—y al final de un terraplén—altiva se alza Granada—y en sus almenas también—miles de seres se ven—que agitan sus blancos trajes;—son los moros adalides:—Gazules, Abencerrajes,—Omniadas y Almoravides.

En el campo castellano—y charlando mano a mano—de graves cosas, están:—Córdoba, el Gran Capitán,—y don Alonso, su hermano,—comendador de Castilla,—con el conde de Tendilla.—Y entre ellos, y de mirón,—se halla Martín de Alarcón.

EL C. TENDILLA.

del luminoso abril del pasado año mil cuatrocientos noventa, decidió el rey Fernando la cruenta acción guerrera, que concluye hoy día, y hacia aquí nos lanzamos a porfía, batallando sin tino, para rendir al pueblo granadino. Pero no hay que olvidar que Granada era dura de pelar, y si yo no me bato, a nuestras tropas se las comen los árabes por sopas. Al ver tal, Isabel dijo una misa para que el cerco moro fuese roto y hasta que así ocurriera, ella hizo el voto de no mudarse nunca de camisa. Con lo que estáis contando ahora comprendo yo bien fácilmente

el porqué el rey Fernando ha perdido el olfato últimamente. Pues ese proceder es muy nefando... ¡Y la reina Isabel, algo indecente!

M. DE ALARCÓN.
EL C. TENDILLA.
EL G. CAPITÁN.

A. DE CÓRDOBA.

EL G. CAPITÁN.
EL C. TENDILLA.
M. DE ALARCÓN.

EL G. CAPITÁN.
M. DE ALARCÓN.

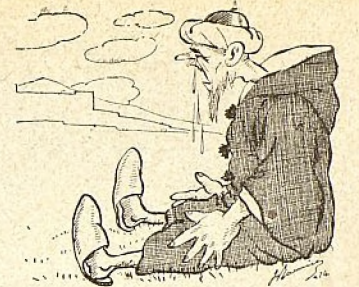
EL G. CAPITÁN.

¡Vaya un cortejo! Pero bueno, señores, no me explico... ¿Quién es aquel gachó, que en un borrico va delante, encorvado como un viejo? ¿Quién va a ser, don Martín? ¡Boabdil «el Chico»! ¡Pues eso más que chico es un pellejo de esos que encierran Valdepeñas rico! Ahuequemos el ala cual las aves, que va Boabdil «el Chico» a dar las llaves.

(Silbando el Ku-klus-klam, se van los nobles—hacia la tienda de Fernando, sí—en la misma poética entrada—de un bosque de castaños y de robles.—Los reyes allí están,—esperando a que llegue el musulmán,—y tras ellos, hay curas—soldados, pajes, damas, manicuras—y algún que otro alazán,—que hace sonar las limpias herraduras—como si protestase del Corán.)

(Por la florida Vega—Boabdil avanza sin cesar. Ya llega—fuera del amplio campo sarraceno,—cuando, de pronto, la cabeza inclina,—y de zozobras y de angustias lleno,—rompe en una llantina—de las de «¡agárrate. Nepomuceno!»)

BOABDIL. (Muy lloroso,—según se dijo ya al lector curioso.)



EL C. TENDILLA. De impaciencia, señores, estoy lleno. Ya son las doce y pico y no ha salido el jefe sarraceno. M. DE ALARCÓN. Sólo faltaba que nos diese un mico ese pelanas de Boabdil «el Chico». A. DE CÓRDOBA. Con arreglo a tal norma también yo, amigo, a mi pesar discurro... EL G. CAPITÁN. 'Hace falta ser burro para hablar de Boabdil en esa formal! ¡Caramba, Gonzalito! ¿Me excedí? A. DE CÓRDOBA. Casi me atrevo a asegurar que sí. EL G. CAPITÁN. Habéis dejado a vuestro hermano inmóvil con esa frase, horriblemente airada. EL C. TENDILLA. Bueno, Alonso, pues pon que no hablé [nada y más abajo pon un sello móvil.

(Todos los nobles ríen fuertemente—ante aquella salida incongruente—y le hacen a Gonzalo—de unas frases co-bistas el regalo.)

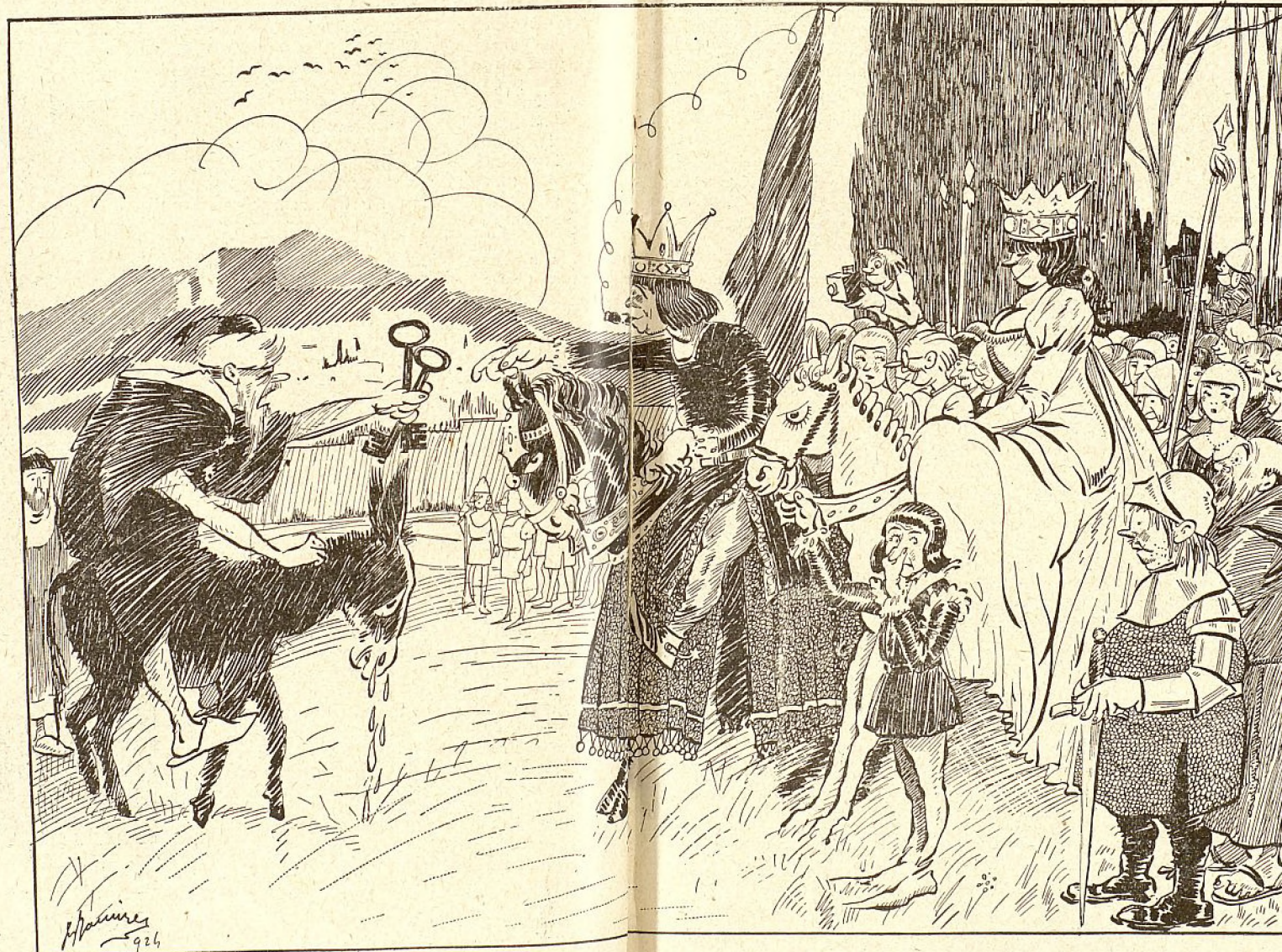
M. DE ALARCÓN. ¡De graciosos que sois, tiráis de bruces! EL C. TENDILLA. ¡Sois más chulo que un kilo de altramuces!

EL G. CAPITÁN. Vaya, basta de coba... Ved la reina con qué impaciencia mira a la ciudad. EL C. TENDILLA. Allí se ve a la reina, sí, es verdad. EL G. CAPITÁN. Seis meses hace ya que no se peina. EL C. TENDILLA. ¿Qué decís? Lo que oís. M. DE ALARCÓN. ¿Pero eso es cierto? EL G. CAPITÁN. ¡Más cierto que mi abuelo está ya muerto! EL C. TENDILLA. Sin reírme: tal cosa nunca oiría... EL G. CAPITÁN. Pues si eso del peinado os causa risa más aún os causaría saber que no se cambia de camisa desde que aquí llegó la infantería.

M. DE ALARCÓN. ¡Dos años, Capitán, hace ya de esto! EL G. CAPITÁN. ¡Dos años, sí! ¡Y que uno era bisieito!

(Ante esa aclaración inusitada—lanzan los nobles una carcajada.)

EL C. TENDILLA. Explicad, don Gonzalo, a qué obedece esa profunda falta de limpieza que en convulsión de risa me estremece. M. DE ALARCÓN. Explicad la suciedad de la realeza. EL G. CAPITÁN. Así ocurrió la cosa: el día trece



BEN ALÍ.

BOABDIL.
BEN ALÍ.

(El cortejo del moro se detiene—delante del cortejo castellano,—al frente del cual viene—Fernando, el rey, fumándose un habano.—Ante Boabdil, que gime y que solloza,—se coloca al instante muy juncal—el noble y virtuoso cardenal—don Perico González de Mendoza.)

MENDOZA. Dios te guarde, Boabdil. BOABDIL. Don Pedro, gracias mil, (y, cuando este saludo está acabando,—avanza el rey Fernando.)

FERNANDO. ¿Qué tal te va? BOABDIL. Se vive. ¿Y tú? FERNANDO. También. BOABDIL. Lo celebro. FERNANDO. Y yo igual. BOABDIL. Tu voz me anima. FERNANDO. ¿Traes las llaves? BOABDIL. ¡Pues claro! FERNANDO. No se ven. BOABDIL. Aquí están. FERNANDO. ¿No son falsas? BOABDIL. No. FERNANDO. Se estima. BOABDIL. Bueno, pues, ¡a otra cosa!... FERNANDO. Claro está. BOABDIL. Voy a ocupar Granada. FERNANDO. Ocupala. BOABDIL. ¿Yo qué le voy a hacer, si me has vencido?

FERNANDO. Recibe, pues, mi pésame sentido. (Clava su vista en la ciudad del Darro,—le quita la ceniza a su cigarro,—hinca en el fiero bruto las espuelas—y hacia Granada le encamina el bruto,—mientras Boabdil redacta las esquelas—con las que va a avisar que está de luto—Aixa, su madre, y a sus dos abuelas.)

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Dibujos de RAMÍREZ.

(1) En verdad que este hecho mágico—no fué terrible ni trágico—y va en esta colección—tan sólo por extensión.

ANUNCIOS RECOMENDADÍSIMOS

HAY QUE LEER UN RENGLÓN SÍ Y EL OTRO TAMBIÉN

Sellos SUNYER. Los mejores para el dolor de cabeza, el de estómago, el de costado y el de frente. Si la dolencia no reviste gravedad, basta con un sello de veinticinco céntimos. En casos de urgencia, es necesario un sello más. Si el enfermo se muere, es preciso un certificado: es la costumbre, y ya lo saben ustedes.—Farmacia Sunyer, Desengaño, 80.

CARNICERIA DE BARRIGA

LA MAS BARATA DE MADRID Y PROVINCIAS

Aunque la carne es de Barriga, también la hay de lomo y de contratapa.—Manos de cerdo, pero limpias, a precios increíbles.—Hay chuletas a diario por menos de nada.—Doy una pierna de cordero por seis pesetas, y pierna y «media», que es más elegante, por ocho.

DOY MI SANGRE A PESETA..., MÁS BARATO QUE LOS HÉROES

¡¡NO TENGO ASADURA, AUNQUE POR EL ANUNCIO LO PAREZCA!!

¡Prodigiosa novedad! Taxímetros para water-closets. Lo marcan todo. Se construyen para contar los kilómetros a diez céntimos y para contarlos a cincuenta. Clase especial para obreros.—Sociedad INSTALACIONES CERDÁ, Arroyo del Puero.

Revólver americano para librarse de las molestias de las moscas, mosquitos, avispas y demás insectos que hacen la vida imposible. Procedimiento sencillísimo: no tiene usted más que coger el revólver, pegarse un tiro en la sien derecha, y es seguro que ni moscas, ni mosquitos, ni avispas, le volverán a usted a dar la lata más.—John A. Wiltiron, Philadelphia.

Venta de vestidos, objetos y enseres pertenecientes al gigante Twipf, que últimamente trabajó en el Circo Americano. Se liquidan baratísimos, por fallecimiento de su dueño, y de cada uno se pueden hacer dos a causa de su enorme tamaño. Hay sombreros que, más que de copa, son de frasco. Hay bastonazos, guantazos, paraguazos, zapatazos, etc. Pero no tengan miedo y vayan en seguida. El dueño era gigante, pero los precios son bajos.—Cava Baja, 2.

EDITORIAL MASSIP

Obras últimamente publicadas:

De ALVARO RETANA... ¡Ven, Gabino!
De HOYOS Y VINENT... ¡Anda, Lucía!
De BLASCO IBÁÑEZ... ¡Zahara, goza!

Los pedidos a la central:

PÍ, NÚMERO 80

No os confundáis con la otra editorial de la calle inmediata; ¡cuidado!, es calle de Pí, ¡jojo!

Vendo una máquina Singer y diez romanzas de Verdi, encuadradas de azul. Comprar ambas cosas, es coser y cantar.—Cantarranas, 25.

Pérdida.—Se ha extraviado un traje completo de señora a la salida de la última novillada nocturna. Se gratificará al que lo devuelva. Se advierte que la señora iba dentro del traje; pero con la presentación del vestido es suficiente, pues la que lo llevaba puesto está bien perdida, gracias a Dios.—Nícéforo Manso, Carretas, 80.

AGENCIA DE NODRIZAS

LA MEJOR DEL MUNDO

¡Amas de cría a todas horas!

¡¡Esta casa es la más acreditada!!

¡¡¡Esta casa es el ama!!!

Tenemos muchachas de Asturias, con leche muy fresca; nodrizas suizas, con leche ya demasiado fría, hasta el extremo de que hay niños que se acatarran al tomarla; especialidad en mulatas, que dan la leche de color de café, muy conveniente para las criaturas que prefieren la variedad, y estupendas amas negras, que unas veces dan jugo lácteo y otras veces tinta.

¡¡Todas mujeres honradísimas!!

¡¡Lo juramos con la mano puesta en el pecho!!

PRECIOS PARA CADA NODRIZA

La mulata..... 45 pesetas.

La negra..... 40 —

La blanca, doble.

Directora técnica:

CRISTETA ARTETA ZAPATETA

:: :: Santander :: ::

Señora sola necesita sacerdote que la ocupe una habitación, y después la absuelva de ciertos y determinados desmanes a cargo del huésped anterior. Si consigue tener cura, se considerará muy aliviada.—Lista Correos, billete de cien millones de marcos número 1.825.458.379.

TRESCIENTOS ANIVERSARIO
DEL POBRE SEÑOR

Don Rodrigo Calafate y Beas

FALLECIÓ EL DÍA 10 DE AGOSTO DE 1624

Fué compañero de colegio de Francos Rodríguez, discípulo de Weyler, aspirante a la mano de Loreto Prado, accionista de la primera empresa que comenzó las obras de la Gran Vía, administrador de las fincas de *Chelito* y profesor de gramática de La Cierba (que escribe Beas como lo escribía don Rodrigo al firmar, y al invitar a los amigos a que vieran cualquier cosa).

¡Que siga descansando en paz... ya que, afortunadamente, lo lleva haciendo tantísimo tiempo!

Limpieza de alfombras, a cargo de Cándido Zurrado. Me sacudo todos los días cuarenta alfombras y tapices por término medio. Si ustedes se sacuden dos duros, podrán convencerse en el acto.—Avisos: Corral de Gálvez. Pueden ustedes mandar los avisos o ir al Corral personalmente.

Vendo una participación de Lotería y un trombón antiguo. La participación no sé si tocará. El trombón sé seguramente que no toca.—Travesía del Conservatorio, 53, bajo. El trombón también es bajo.

¡Veraneantes!... Podéis disfrutar de un veraneo cómodo sin salir de la provincia de Guadalajara. El punto más fresco de España es Romanones. Está muy cerca de la capital y es, además, donde radican las espléndidas fincas del célebre conde de ídem. Pedid informes y precios; pero no al repetido conde, que se aprovecharía y os cobraría carísimo.

— Agente anunciador: NÉSTOR O. LOPE

Cuatro ñoñerías

I

¡VAYA UNA GRACIA!

Un famoso andarrín belga se ha propuesto recorrer todo el mundo sin dinero, y efectuando su *tournee* sin usar el automóvil ni el cuadrúpedo, ni el tren ni otros medios de transporte, sino andando. Sé que ayer en Madrid estaba; luego va a Lisboa, y desde aquel pueblo toma un barco para Buenos Aires. ¡Vaya un pez! Pase que ande sin dinero (¡tantos andan hoy sin él!...); pero ¿qué mérito tiene lo que se propone hacer? La verdad: si toma un barco y no cruza el mar a pie, ni así cumple lo ofrecido, ni así puede quedar bien.

II

¡PARECE MENTIRA!

—Al desliar un pitillo nuestro amigo Ramón Coll, debajo de la envoltura, ¿qué dirás que se encontró?
—Me lo figuro: la suela de un zapato.

—No, señor.
No fué eso precisamente.
—¿Fué una pipa de melón?
—¿Fué un picaporte?
—No tal.
—¿Pues qué fué?
—Sentiré yo que tomes lo que te digo por una exageración;

mas lo que halló en el cigarro nuestro amigo fué... ¿a qué no lo aciertas?

—Sí; medio peine.
—Nada de eso. En fin, halló lo que no ha podido hallar jamás ningún fumador: ¡tabaco limpio!

—¿Tabaco?
¡Qué suerte la de Ramón!...

III

EN LA CHOPERA

Del Retiro en el sitio autorizado (si es verdad lo que leo) como punto nocturno de recreo, a espaldas de su esposo (¡desgracia-
[do!)

cuchichea Mariana con Luis Jarque, y a la vez el esposo de Mariana pasea entre los árboles con Juana, la esposa de un señor que no va al
[Parque.

¡Y aún hay quien asegura que de noche en el Parque no hay fres-
[cura...

IV

EN ENSAYO

Hablando en el Lyón D'Or de la labor de un tal Gil en los *Espectros*, a un cómico, le he oído anoche decir:
—¡Yo soy mejor! En escena quizás no sabré morir de un cólico, producido por jamón o por rosbif; mas fallecer de *parálisis*, ¿no lo he de hacer hasta allí yo que me encuentro parado desde principios de abril?...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Las cosas de los teatros

¿DE QUIÉN SON LAS ZARZUELAS?

He aquí un interesante problema que, al cabo de los años, han tratado de resolver los músicos... y que, por las señas, va a quedarse igual que estaba.

Se trata nada menos que de averiguar de quién son las zarzuelas—la música de las zarzuelas—que se ejecutan en cafés, conciertos, cines, etcétera, etc. Hasta ahora, según la ley y según la lógica, la música era de los músicos y la cobraban éstos y los libretistas.

¿Porqué?

Eso no se ha podido averiguar aún y es posible que no haya forma humana de averiguarlo; pero la realidad es que, cuando ustedes oyen interpretar en algún sitio *La montería*, por ejemplo, los derechos de propiedad los perciben al cincuenta por ciento Jacinto Guerrero y Ramos Martín. Contra tal anomalía han protestado los compositores, que piden para ellos solos lo que produzca la ejecución de los trozos de su música, mala ó buena, que eso es igual.

Argumentan en pro de su criterio:

—Cuando los libretistas llegan a editar una obra cualquiera y la venden y la cobran al editor, no nos dan nunca una perra gorda. En ese caso todo es para ellos. ¿Porqué no es para nosotros la música?

La contestación no es fácil darla, y, sin embargo, los compositores siguen cobrando sólo la mitad de sus derechos y están amenazados poco menos que con la expulsión de la Sociedad de Autores si osan remover este pleito antiguo.

¿Que todo ello es arbitrario y fuera de razón?

¡Naturalmente! Para eso se trata de zarzuelas, de libretistas y de compositores. Si las cosas—éstas y otras—las hicieran a derechas, lo primero que dejarían de ser es zarzueleros.

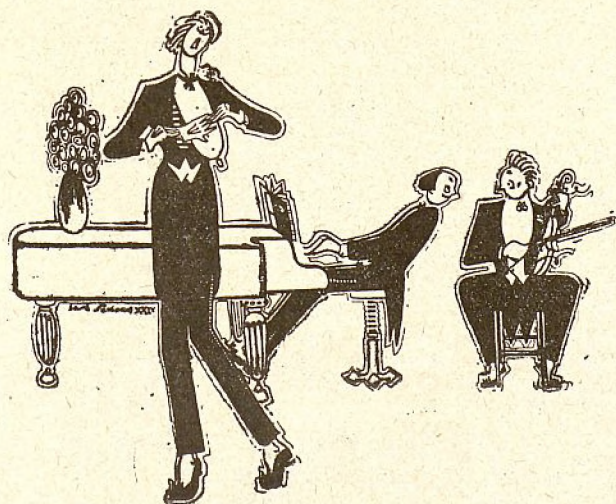
HAY UN BOICOT

Unos cuantos periodistas teatrales hemos decidido boicotear a un actor joven, presuntuoso y próximo a debutar en la villa y corte.

¿Razones?

Este hombre se ha permitido, en un alarde pintoresco de vanidad, decir nada menos que lo que van ustedes a leer y que transcribo porque no me duelen prendas y me gusta llamar al pan, pan, y al vino, vino:

—No sé cómo voy a poder debutar en Madrid. No he empezado, y ya no



Dib.
José SORIANO.
Madrid.

EL VIOLINISTA.—
Maestro: he apretado mucho la cuerda y se ha roto!...

EL PIANISTA.—
Pues tienes que aflojarlas para comprarte otras.

tengo dinero, porque estos periodistas son insaciables.

Yo no quiero rechazar la imputación ofensiva del joven actor. Gracias a Dios no me ha dado dinero ningún cómico del mundo, ni espero que me lo dé. Y menos en el caso de que se trata.

Me asusta pensar la clase de concesiones que uno tendría que hacer si tu-

viese un mal cuarto de hora y aceptase dádiva como la que inventa ese apuesto doncel que ya no tiene dinero para debutar en Madrid. Pero como hablar es fácil—demasiado fácil—y estas cosas suelen decirse siempre por la espalda de los aludidos, lo mejor es que, para evitar torcidas interpretaciones, no nos ocupemos los periodistas de tal actor, y así no habrá motivo ni

pretexto para que diga que somos *insaciables*.

No ocupándonos de su jactanciosa personalidad, estamos del otro lado de murmuraciones y de alardes de vanidad.

Y... espero de mis colegas que me secundarán en tan purificadora y sensata actitud.

José L. MAYRAL

RAMONISMO

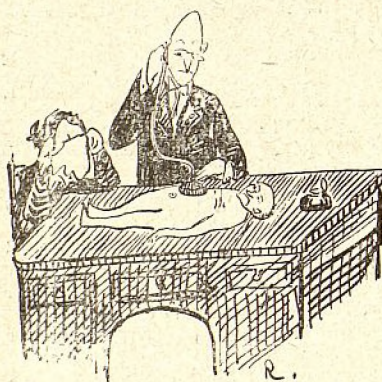
Los niños que se tragan cosas

La casa está llena de pasillos intrincados, con pantalones o chalecos a rayas.

El reloj está en esa hora pacífica en que no sucede nada. Eso da más tranquilidad a la casa.

En eso, el niño más pequeño prorrumpe en llanto chino. Toda la casa se alarma. Las cosas que había en la lumbre se quedan solas y hacen alguna de las suyas.

—Juanito que se ha tragado algo—



gritó consternada la madre, con el niño cogido como un conejo, como si fuese día de mercado de niños.

—¿Qué habrá sido?—pregunta el padre muy preocupado; y poniéndose al encerado intenta resolver el problema: «Juanito, a las once y media de la mañana, se ha tragado no se sabe qué X, que se trata aclarar calculando la hora, el hambre de Juanito, las cosas que tiene alrededor.»

El padre, dedicado a las matemáti-

cas, no acaba de resolver la medida de lo que su hijo se ha tragado. Hay que recurrir a la Policlínica, pues hay que ganar tiempo.

Juanito, mientras, llora atrozmente, se pone colorado, rojo, yendo a estallar de sangre que se le agolpa en la cabeza. Parece un cangrejo al que cuece su impaciencia. Lo que le atraganta le entapona y va a morir si no le sacan la incógnita.

Llega el doctor de la Policlínica.

—Lo primero que hay que saber—dice, como si fuese el profesor de una asignatura que se titulara «Los objetos tragados»—es si el objeto es grande o pequeño, de forma cónica o de forma polifacética.

Alrededor del célebre profesor se forma un grupo de alumnado ávido. Todos están pendientes de sus sabias explicaciones. Ha adquirido valor de ejemplo científico el atragantamiento del niño y eso les ha consolado a todos.

—¿Están todas las lámparas de mesa en su sitio?—pregunta el profesor.

Todos buscan las lámparas de mesa, y, por fin, certifican que están en su sitio.

—Es que por el día nos olvidamos de las lámparas de mesa y bien pudiera suceder que el niño se hubiese tragado una.

El doctor se queda reflexionando a la vista del niño, accidentado y con la barriga muy hinchada. Por fin, se decide a hacer una segunda pregunta:

—¿Ha contado los pisapapeles que había sobre la mesa?

El padre estudia si están todos los pisapapeles: el mono de bronce, las ensaimadas de cristal, el pedrusco de

ágata. Todos están. Se descuenta esa versión.

—Nada es raro en lo que pueda tragarse un niño—dice el doctor—; yo he visto en Berlín el museo de los objetos tragados por niños de diferentes edades, y allí había desde un termómetro de pirámide hasta una cajita de caudales de buen tamaño.

El doctor tocaba al niño con sus dedos duros de percutador, y por la forma del objeto que tenía el niño en la barriga quería encontrar el nombre de lo que fuese. Por fin, inclinó la cabeza



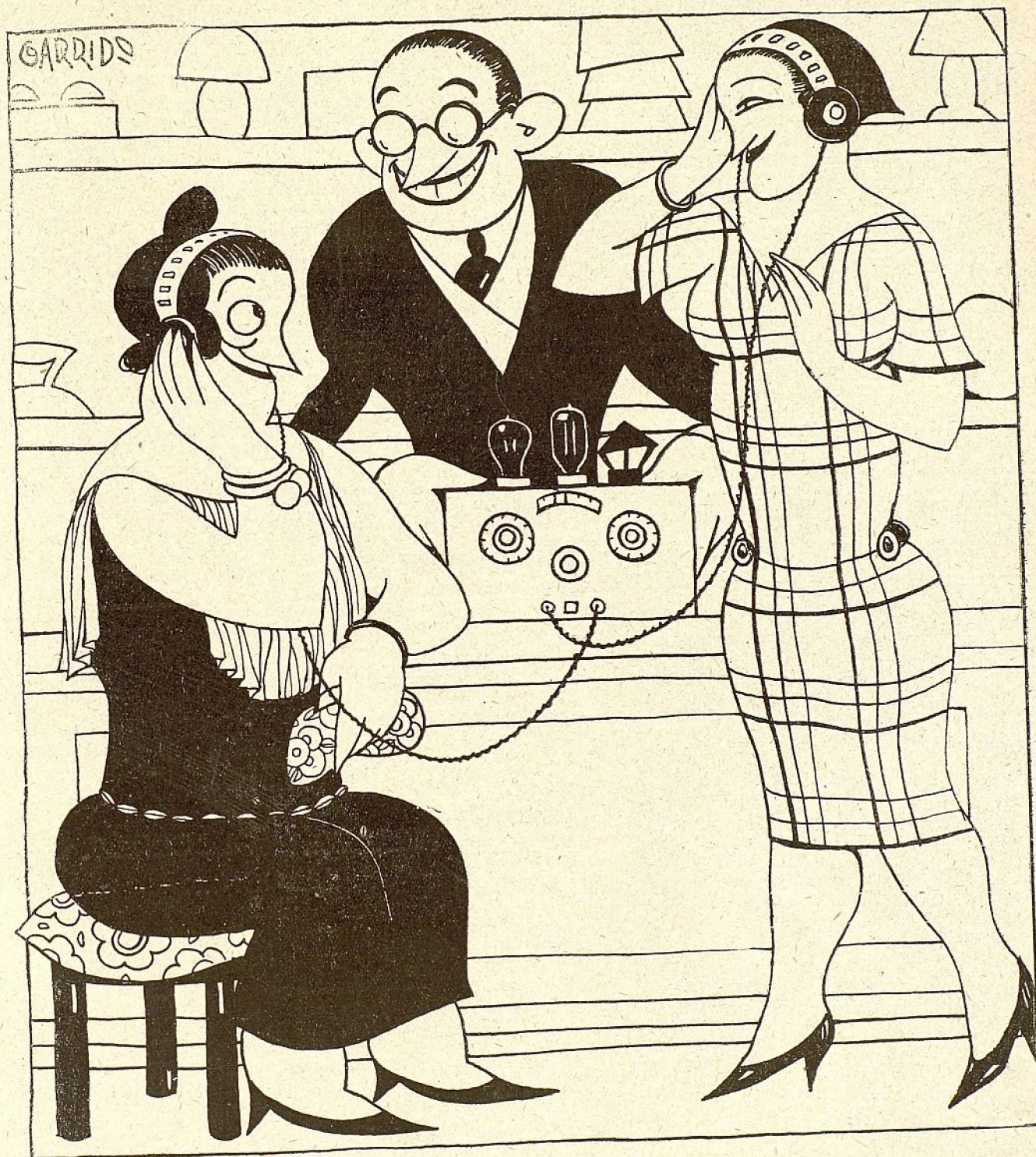
sobre el vientre atorado, y como oyese algo, le aplicó el teléfono auscultador. Su cara de sorpresa fué terrible, pero se abstuvo de comunicar lo que había descubierto.

Se puso el largo delantal blanco de las operaciones y abrió el vientre del niño, sacando el despertador de la cocina. El despertador, que sabía a huevos fritos y a estofado.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(Ilustraciones del escritor.)

Los diarios «La Razón», «Última Hora» y «El Telégrafo», así como las revistas «El Hogar», «Mundo Argentino» y «El Suplemento», de Buenos Aires, nos dan constantemente pruebas de su simpatía publicando dibujos y chistes de BUEN HUMOR. Como es natural, estas deferencias y predilecciones nos tienen encantados...; pero sería mayor, si cabe, nuestro agradecimiento si no olvidaran, con tanta frecuencia, hacer constar que los copian de nuestra revista. Además, si así lo hicieran, cumplirían con lo que disponen las leyes respectivas de propiedad intelectual de la República Argentina y de España.



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Es extraño que todo el mundo oiga con este aparato menos su hija de usted...

—¡No le choque, porque mi niña es telefonista!

Nadie se muere hasta que Dios quiere

Mi querido lector: Ahí va una historia,
o si se quiere cuento,
que guardo desde niño en mi memoria...
Yo te la brindo, y, sin poner comento,
como me la contaron te la cuento...

.....
Eran Juan y María dos amantes
dignos de admiración por lo constantes,
pues se amaban entrambos de tal modo,
que el amarse para ellos era el todo,
cosa justificada,
pues sin el todo en el amor no hay nada.

.....
El caso fué que un día,
no sé si tabardillo o pulmonía
se llevó a Juan al cielo,
y ante desgracia tal quedó María
sumida en el más hondo desconsuelo.
Creyendo la infeliz morir de pena
porque la muerte, despiadada, había
truncado la cadena
que la uniera a su Juan idolatrado,
dijo con voz doliente y conmovida:
«Conozco que ha llegado

el instante supremo de mi vida;
y pues el cielo quiere que sucumba,
deseo que en el mármol de mi tumba
graben con letras de oro este letrero:
«¡Muerta de amor! pues que de amor me muero.»
Pero como es un hecho demostrado
que nadie muere hasta que Dios lo quiere,
y está además probado
que de males de amor nadie se muere,
sucedió que María,
no obstante que ya estaba en la agonía,
vivió, según se cuenta,
año tras año hasta cumplir noventa.

.....
Al dejar esta vida transitoria
voló María a la región celeste,
y rindiendo tributo a su memoria
en su tumba después grabaron este
epitafio poético y sencillo
que hizo reír hasta a los más huraños:
«¡Aquí yace María Zarandillo,
muerta de amor... a los noventa años!»

MANUEL SORIANO

BUEN HUMOR se vende en LA HABANA en la Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, Pi y Margall, 135-139.



¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...

SELLO YER

SAUD. ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL CORTO DE GUADALAJARA Y LA AMISTAD

Cumplo al escribir estas líneas con un sagrado deber de amistad. Claro es que esto se lo digo a ustedes y a nadie más, porque quiero que permanezca secreto y no llegue a oídos del administrador de este semanario.

Supongan ustedes que si el administrador se entera de esto, me llamará a su despacho para decirme:

—Amigo López Rubio: Veo que usted es un hombre que cumple con los deberes de la amistad. Esto me parece muy loable. La amistad es uno de los pocos placeres puros que quedan en el mundo. Por lo tanto, he decidido no pagarle a usted nada por este artículo que consagra a un deber de amistad. Con el cumplimiento de ese sacratísimo deber, ¿no está usted suficientemente recompensado? ¿Qué mayor rendimiento que esa luz serena que el deber cumplido proyectará en su corazón? ¿Qué pago, qué honorarios, qué riqueza como las dulzuras morales en que bañará su alma? Este artículo no puede abonarse, no vale dinero, sino satisfacción interior, que es mayor riqueza.

Y no habrá quien le saque de ahí, y, sobre todo, no habrá quien le saque el dinero del artículo.

Así es que ustedes harán bien en no divulgar la razón que me impulsa a escribir estas líneas.

Y a lo que estábamos...

Se trata de un amigo, de un amigo excelente, uno de esos amigos cuya conversación vale que se le pague el café que él siempre se marcha sin pagar, fingiendo que acaba de ver a un amigo y desapareciendo tranquilamente.

Ese amigo es también un compañero. Hay que añadir que cumplo, por lo tanto, con un deber de compañerismo. Este compañero escribe en BUEN HUMOR con bastante frecuencia, no tanta como él quisiera para acabar de desentramarse. Estoy seguro de que los artículos de este compañero son muy elogiados por el público, y ello me satisface.

Pues bien, este compañero me escribe desde un pueblo donde a la sazón hace el vago, y me dice que ha caído enfermo. ¡Pobre amigo!

Está enfermo, no porque se haya mordido más uñas de las que acostumbra a morderse diariamente, sino porque ha recibido una carta que yo le envié cuando se recibió en esta redacción.

En dicha carta, un admirador le dedica toda clase de elogios, le mima a seguir por el camino emprendido, y, al final, le dice: «¿Por qué no escribe us-

ted un artículo sobre la frase de *venir en el corto de Guadalajara?*»

Mi compañero se quedó suspensivo. Dió varias vueltas a la carta, y exclamó:

—Indudablemente, yo debo escribir un artículo sobre esa frase. De lo contrario la admiración de este admirador

se mermaría no poco. Veamos: ¿qué puedo yo decir sobre el corto de Guadalajara?

El le ha visto durante muchos días andar por las carreteras de Segovia con la vista extraviada. Buscaba algo que tenía que encontrar dentro de sí. Se buscaba en el cerebro como el ra-



—¿Y porqué sentaste plaza en la Marina?
—¡Porque me gusta la mar!

Dib. Godínez.—Madrid.

dioescucha busca en la galena el punto de onda.

Al cabo de una semana, comenzó a enflaquecer. El artículo no aparecía por ninguna parte. Le dolía la nuca y ya empezaba a rondarle por las noches una hemiplejía traidora y solapada.

Desoués, me ha dicho en una carta:

«No puedo, no puedo. Siento en el cerebro una cosa extraña. A ratos me parece tener dentro del cráneo una caja de cerillas de diez céntimos. Mi molestia tiene esas mismas dimensiones. ¿Qué será? Mientras tanto, pienso en mi admirador. ¿Me aborrecerá

si no cumplo lo que me pide? Hazlo tú en mi nombre. Siempre, siempre te lo agradeceré.»

Desde que se ha quitado esa pre-ocupación, ha empezado a reponerse.

Y ahora soy yo el que tiene que hablar, por transferencia, del asunto del corto de Guadalajara.

Ignoro porqué este admirador de mi amigo protesta de la alusión que a dicho tren se hace con marcado desdén. Acaso, este admirador se vea obligado a tomar con frecuencia el corto de Guadalajara y esto le ocasiona muchas contrariedades.

Verdaderamente, no hay porqué tomar a broma al corto de Guadalajara, ni tomarlo de ejemplo para suponer que ha venido en este tren todo el que pasa por palurdo o poco avisado.

El corto de Guadalajara es un tren como todos los trenes de España. Anda tan poco como todos ellos y siempre llega con el mismo retraso que los demás. El material de este tren es tan malo como el de todos los de la Compañía y los precios corresponden a los que en otras líneas se cobran por idéntico recorrido.

Y si nada hay que recriminar a este tren honrado, en mucho menos se puede ofender a los que se ven obligados a tomarlo en cualquiera de sus estaciones.

Sobre todo, el que tiene que venir de Guadalajara, ¿qué tren va a utilizar? Si se tratase de un corto deshonesto, nos explicaríamos que la gente lo desdenase y hasta aconsejábamos a los que tuvieran que venir desde Guadalajara que abominasen de él y se tomaran la molestia de llegar hasta Irún, para entrar a Madrid en el sudexpreso, que parece que está menos desacreditado.

No. El corto de Guadalajara es un tren honorable. Su máquina pita siempre que va a atropellar a alguien o va a entrar en un túnel. Lleva su formalidad hasta el punto de descarrilar lo menos posible. No da cabida en sus coches a los execrables ladrones de trenes.

Con la misma energía rechazaremos la imputación que de lerdos y poco enterados se da a los que vienen en él. Cuantos viajan en el corto de Guadalajara nos merecen el respeto que todos los viajeros de España. Son gentes de esos pueblos cercanos y vienen a sus asuntos. Quizá alguno de ellos sea crédulo e inocente, pero esto no sirve en modo alguno para culpar a la generalidad. Por otra parte, si los individuos que viajan en los trenes de las líneas restantes fueran todos sabios eminentes y cada uno de ellos hubiese descubierto ya la pólvora, ya la electricidad, ya la telefonía sin hilos, quizá habría razón para motejar de necios a los que vienen en el corto de Guadalajara.

Pero notoriamente se ve que no. Los viajeros de las demás líneas no tienen nada que echar en cara a los del corto.

Es forzoso rehabilitar la opinión del corto de Guadalajara. Yo propondría un brindis de honor. Nosotros beberíamos champagne, o vino de la Alcarria, o miel, y a la máquina del corto se la pondría en comunicación con el depósito del agua.

Queden con estas líneas cumplidos los deberes que de justicia, cortesía y compañerismo, me merecen mi amigo, su admirador y el corto de Guadalajara.

José LÓPEZ RUBIO



LA DANZA DEL GNOMO

Dib. GALINDO.—Madrid.

—Voy huyendo, porque desde que les ha dado a los hombres por construir metropolitanos no me dejan tranquilo en ninguna parte...

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL MÉTODO BASTACAR

Por Henry Falk

Cuando se anunció la movilización en V...—la pequeña ciudad que duerme, blanca, bajo el sol, rodeada de plátanos—, Mr. Aurelio Bastacar, antiguo proveedor de pasadores y pompas para el ejército, rentista y viudo a la sazón, siempre dispuesto, a pesar de la barriga y de su proximidad a los sesenta, se dirigió resuelto a un armario, sacando de él un maletín, que abrió; y levantando una hoja de periódico, de las que brotó una cascada de bolas de naftalina, hizo aparecer a la luz del día un kepis con tres galones, un pantalón encarnado con franjas y una guerrera negra. Calóse el uno, se vistió con el resto, mandó que le pasasen un cepillo y se contempló triunfal ante el espejo.

Su entrada en el café de la Musaraña produjo expectación.

—Me pongo a disposición del ministro—hubo de explicar.

—Caramba, Bastacar—declaró Dieze, el boticario—, ya pasaste un poco de la edad.

—Con el uniforme he conservado mi graduación.

—¿Y qué servicio quieres prestar, si en tus buenos tiempos no saliste de la sastrería?

Suc, el abogado, terció:

—A falta de su esfuerzo, nuestro amigo Bastacar puede ofrecer el concurso de su inteligencia.

Bastacar se inclinó, halagado. En efecto, no tenía rival en la resolución de anagramas, logogrifos y losanges. Por contera, presumía de inventor: a él se debían el kepis-marmita, el cepillo mecánico de dientes, el brodequín con válvulas, el cañón-cepo, el cohete negro para señales en pleno día, y el maravilloso equipo neumático que, lleno de hidrógeno, suprimía el peso de la mochila. Era, como puede verse, una imaginación fecunda, que, sin embargo, no merecía la atención de los Poderes públicos. «¡Desgraciados, no quieren comprenderme!»—gemía Bastacar. Y en el café de la Musaraña le llamaban «nuestro caro desconocido».

Aun cuando acumuló visitas sobre gestiones, transcurrieron dos meses durante los cuales el ministro se obstinaba en olvidarle. No cejó por ello; movió todas sus influencias y, al fin, un día recibió un sobre amarillo que abrió trémulo de esperanza: era un oficio en regla, nombrándole comandante de un campamento de prisioneros que se instalaría en aquel término.

Bastacar se encerró en su casa y al cabo de cuarenta y ocho horas reapareció sabiendo alemán y dominando

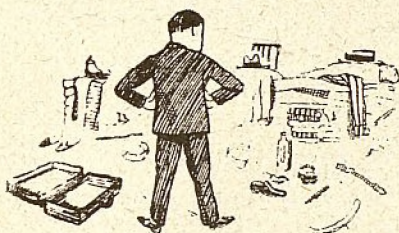
los reglamentos en vigor. Después, dedicado en cuerpo y alma a su cargo, pidió un escuadrón de caballería para mantener el orden en el campamento, dirigió a sus fuerzas una arenga y esperó la llegada de sus prisioneros.

Una tarde le telegrafiarán anunciando para el día siguiente el envío de 221 bávaros.

—¡Doscientos veintiuno! ¡Buen número!—comentó en el casino.

—¡Es el mayor en el juego del piquet—respondió Dieze barajando los naipes.

Bastacar jugó; pero su pensamiento estaba lejos. Al otro día, al rayar el alba, se encontraba en la estación de gran uniforme; detrás de él, la escolta.



Cuando—Smithson—hace—su maleta—no olvida—nada—más—que—¡el cerrar!al

(De The Humorist, de Londres.)

El pueblo en masa se apiñaba junto a la valla. El tren llegó por la tarde y vació en el an 'én un surtido de hombrillos grises, aturdidos.

—¡Vorwaëris!—gritó Bastacar con voz de trueno.

El destacamento salió de la estación. Bastacar hizo evolucionar a sus huéspedes por el pueblo y las condujo al campamento, de donde no salió hasta dejar a los centinelas en sus puestos. En el café expuso su programa:

—La disciplina constituye su fuerza. Pues bien, se hartarán de disciplina. ¡Una mano de hierro en un guante de acero!

A este fin, redactó un complicado reglamento de servicios: once llamadas diarias; siete contrallamadas; seis reuniones cotidianas; revistas de gorras, cuellos, forros y botones. En punto a higiene, inspección de uñas y de cabellos, nueve duchas por semana y cinco purgas al mes. Y como la autoridad superior no les había asignado trabajo fuera del campamento, ordenaba movimientos de conjunto al mando de sus «feldwebel», exigiendo la repetición de los ejercicios hasta que resultaban impecables: «¡Ah, yo os haré renegar de la disciplina!»

Así, en menos de una semana, el rebaño se convirtió en milicia ordenada y obediente a la menor indicación... Entonces la verdad br. tó de súbito.

...

Una noche, el comandante se incorporó en la cama y gimió con voz profunda:

—Bastacar, Bastacar, ¿qué has hecho?

Un relámpago, desgarrando el velo del error, acababa de atravesar su cerebro.

¡Qué había hecho, insensato! Sometiendo nuevamente a los prisioneros a una disciplina inflexible, preparaba para su vuelta a Alemania un núcleo de soldados obedientes y diestros. Acaso en todos los campos de concentración ocurriría lo mismo. Así conservarán los bávaros sus fuerzas futuras. ¿Qué era preciso, por el contrario?

Había que devolver a la máquina militarista piezas inservibles. ¿Cómo? Inculcando en los prisioneros el espíritu de resistencia, de rebelión, de descontento, en la seguridad de que, una vez libres, propagarían con el ejemplo la indisciplina entre sus conciudadanos. Acababa de descubrir algo en que nadie había pensado. Bastacar se echó de la cama; pasó la noche embotornando papel, y por la mañana hizo fijar en el campamento la siguiente consigna:

Artículo I. Al toque de llamada, los «feldwebel» reunirán a sus hombres. Estos se negarán a obedecer y se dispersarán gritando. Los «feldwebel» les perseguirán, pero ellos abofetearán a sus guardianes.

Artículo II. A la hora de la comida, los prisioneros invadirán el refectorio en desorden indescriptible. Se arrebatrán mutuamente las escudillas, dándose con las cucharas en la cabeza.

Artículo III. Todos los hombres estarán sometidos a un reposo intensivo. Al paso de un «feldwebel», cada uno deberá dirigirle siete insultos. El «feldwebel» conservará, no obstante, su sonrisa.

Artículo IV. Cada compañía, guardando turno, deberá presentarse en la dirección en completo estado de embriaguez. Todo acto de sobriedad será castigado severamente.

Artículo V. Será reglamentario presentar un aspecto repulsivo: los cabellos se conservarán largos y grasientos, la barba hirsuta y sucia la ropa.

Artículo VI. Los «feldwebel» darán diariamente a sus hombres una conferencia sobre los beneficios de la intemperancia y de la ociosidad.

Artículo VII. Queda prohibida la entrada al campo a toda persona decente. Sólo serán admitidas las mujeres públicas o de vida accidentada que se comprometan a producir un estado de libertinaje entre los prisioneros.

Artículo VIII. Como regla general, los «feldwebel» cuidarán de que no se cumpla ninguna de sus órdenes y de que la menor indicación sea acogida con una serenidad de aullidos y danzas frenéticas. Todo intento de disciplina será reprimido con rigor.

La lectura de esta consigna sumió en el mayor estupor a los obligados súbditos de Bastacar.

Poco después se elevaban del campamento clamores espantosos. Transcurrieron tres días en experiencias aún más decisivas: los prisioneros olvidaban con pasmosa facilidad toda noción del principio de autoridad. Bastacar no cabía en sí de gozo.

...

Aunque el campamento estaba situado lejos del pueblo, los gritos que de él se escapaban atrajeron pronto a todo V... alrededor del recinto. Bastacar fué interrogado en el casino, en presencia de un periodista local. Bastacar expuso su método. Dos días después, en *La Luciérnaga Dominical* apareció un artículo muy elogioso, a juzgar por el título: «Un sistema sorprendente. El método Bastacar», y muy largo, si se tiene en cuenta el espacio en blanco que debía ocupar, ya que la censura había suprimido el texto desde la primera a la última línea.

—¡Evidentemente!—explicó Bastacar—. El interés público exige que mi método sea ignorado por los boches.

Y compró trescientas *Luciérnagas* para repartirlas entre sus amistades.

Algunos días más tarde hallábase Bastacar en el camino del pueblo al campamento, cuando un automóvil se detuvo junto a él. Un oficial le llamó:

era el general comandante de la región, quien le preguntó su nombre. Habiéndolo oído dijo:

—Muy bien; realizo una visita de inspección y me dirigía a su campamento. ¿Está usted satisfecho? ¿Falta algo?

Bastacar sintió que se aproximaba la hora del triunfo y explicó lapidariamente la clave de su método:

—Si la disciplina constituye el poder principal de los ejércitos, la indisciplina los debilita. En consecuencia, para restar fuerza al enemigo, exijo a mis prisioneros una indisciplina constante. Ya, mi general, en un bello artículo publicado en *La Luciérnaga*...

—Me han hablado de ello—le atajó—. La curiosidad es uno de los motivos de mi visita, porque no me doy bien cuenta... Pero, ¿de dónde sale esa espantosa gritería?

—Del campamento—repuso Bastacar esponjándose.

—¿De veras?—dijo con frialdad el general.

—No comprende—pensó Bastacar—, no puede comprender todavía; pero va a quedarse pasmado.

Pasmado quedó, en efecto. Y aun petrificado no era mucho decir. Su aparición fué saludada por una tempestad de clamores, un huracán de mugidos. Era precisamente la hora de una contrallamada: bandas de demonios, sudorosos y malolientes, casi desnudos algunos, saltaban por el campo, profiriendo inauditos juramentos; otros se empujaban rodando en un galope frenético, en una farándula de locura. Estos yacían borrachos perdidos; aquellos arrastraban a infames maritornes... Y el ronco vocerío se reñonaba, como vomitado por el infierno, hasta la azul serenidad del cielo.

Ante aquel vértigo de alienados, ante tan monstruosa zarabanda, el general estaba en ascuas. Bastacar, empero, aullaba con voz que dominaba el tumulto:

—¡Voy a leer a V. E. mi reglamento!...

—¡Es inútil!—gruñó el general, que volvió la espalda, desapareciendo.

Corrió a darle alcance; pero el automóvil se alejaba. Aquella misma noche, un motociclista le entregó un pliego urgente y personal... Bastacar, al leerlo, se desplomó. Luego dijo dramáticamente:

—¡Desdichados! ¡Como siempre! ¡No quieren comprender! ¡Apelo al juicio de la posteridad!...

No apelaba en vano. Cuando reapareció, de paisano, en el café de la Mursarña y se supo la injusticia de que había sido víctima, todos los parroquianos juraron como un solo hombre inmortalizar el recuerdo del método Bastacar hasta la última de las consumaciones: la consumación de los siglos.

M. V.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

A. G. L. Zaragoza. — ¡Demasiado baturro, querido mañol... Nuestros lectores de Guipúzcoa, Portugal y San Sadurn de Noya no entenderían ni una palabra, y esto le perjudicaría a usted mucho.

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA. — CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

E. D. Madrid. — Sus Reflexiones de un hombre frívolo están bien escritas, pero de gracia están peor que nosotros de renitas vitalicias, ¡y cuidado que nosotros estamos mal de eso!

cavernoso y tan húmedo, que la abstención se impone y el cesto se nos presenta como imperativo categórico. Algo habrán influido en nuestra extrema resolución las ideas-fuerzas, los determinismos ocultos, la razón práctica y la metafísica de las costumbres, pero el hecho candente y palpable es que no nos ha convencido usted con su e-fética y que su artículo se ha ido a la Porra en virtud de una ley fatal, irrefrenable y ciega. Pero no se desanime usted. Ya lo dijo el filósofo transcandésico: *basnania aizja poliajkó*, opinión clarísima como usted verá.

Máquina de escribir

UNDERWOOD

La mejor del mundo.

Modelos modernos.

ALCALÁ, 39.-MADRID

F. J. G. y P. Madrid. — Perdona usted que no publiquemos su trabajo, pero lo hacemos para evitarle a usted el sonrojo de escuchar las cosas verdaderamente feísimas que iba a decir el público si lo leyera.

R. Adeflor (de Utiel), Pitito y Antonio Tafalla (los dos de Melilla); Correa (de Albacete), F. Hernández (de San Ildefonso), J. Granados (de Valencia); y los caballeros Sérvulo, Bueno Liso, A. Camacho, Cosme G., Aparicio, E. de Paz, A gar, Angel G. Cortés, J. G. Alfonso de León,

Madrinas de guerra. — Queridísimas y cada vez más preciosas lectoras de Buen Humor: ¡Si vienes ustedes con qué vehemencia, con qué tiernos acentos, con qué loco frenesí y con cuán dulce esperanza solicitan madrina los simpatizantes guerreros que van a continuación,

FAJAS DE GOMA

Sostenes IDEAL

PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

7,50 collar oro, 18 kilates

NÚÑEZ compra
venta
29, Barquillo, 29

Funga y F. Fuentes, de los cuales no consta la procedencia. El último nos advierte que tiene catorce años, y debemos decirle para su consuelo que hay muchos que tienen cuarenta y tres y lo hacen todavía peor que

no vacilaban ustedes ni un minuto en acceder a sus deseos y en ponerse a su disposición con todas las fuerzas de su alma!

Todos los solicitantes son gente escogida y garantizada por nos-

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

él. Y al señor Funga le hemos de decir que, sin poder precisarle en qué fecha, a primeros de este año se dió una respuesta en esta sección al pseudónimo Villa-Funga. Si no la leyó, ¡qué lo vamos hacer nosotros! Deplorarlo amargamente, y a otra cosa.

Y finalmente, se nos ha ofrecido

otros, de magnífico humor, de galantería indiscutible y de valor acreditado, y son sus nombres y direcciones las que siguen: Juan Guillén, Federico Fraile, Cándido Berenguer, Francisco Segarra y Marcial Miralvés (todos sargentos del Expe-



Blancura de cutis se obtiene con el empleo

de

Crema BELLA AURORA

ÚNICO REPRESENTANTE EN ESPAÑA

ANTONIO DALMAU

BALMES, 51. — BARCELONA 4-

F. S. de Y. Madrid. — De su último envío, hemos admitido para su publicación el trabajo que está en verso. El otro, a pesar del asfalto que usted dice que ha sudado con feccionándole, creemos que es mejor que permanezca inédito.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

J. D. de Rellán. — La lectura de sus consideraciones nos ha hecho perder la posesión del Yo... Por tanto, no soy Yo el que le dice a usted que su artículo no es publicable en Buen Humor, pero, para el caso, como si lo fuera. Eso es demasiado abstracto y de un humorismo tan

Dibujos de los tristes destinos. No conseguirán, ¡no!, ver publicados sus pictóricos prodigios los señores que forman la espeluznante lista siguiente: Silverio, O-saba, Escolaza, Rogelio de F., Lewis, V. T., Fernangua, D. Marín V., Santaballa, L. García T. (los diez de Madrid); Almendros (de Jaén), Hemón (de Coruña), J. Orozco (de Algeciras), F. Torres (de Salamanca),

un señor Colombi, de Valencia, con un dibujo que es sencillamente una fotografía al ferropusilato, echada a perder. Sin duda se ha creído que somos unos primos, cuando media España y parte de la otra media sabe de corrido que somos unos tíos con toda la barba, y con un pobladísimo bigote además, cosa que hace enormemente difícil y pesada la tarea de tomarnos el pelo.



diccionario de Infantería de Albuerca, Tafersit, Melilla); Máximo Romero Quintana (mecanógrafo del Cuartel General del General en Jefe, Tetuán); Jose Alberti Tibau y Antonio de Juana (oficina de Estado Mayor, Dar

CALZADOS LLORENTE

Carmen, número 25

Los mejores de Madrid.

A la presentación de este anuncio, se hará el 10 por 100 de descuento.

Quebdani, Melilla); Eugenio Pérez de Haro (legionario de la 17 compañía de la quinta bandera, herido en Koba Darsa, y actualmente en el Hospital de la Cruz Roja, Ceuta).



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
— matices permanentes —

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

El colmo de la paciencia.

Meter un zapato viejo en una jaula y esperar hasta que cante.

Alfonso Esteva.—Granada.

—¿Cuál es el marido de la ba-
lena?
—El tran vía cuando va lleno.
—¿Y la mujer del cepillo?
—La que cobra las sillas en la
iglesia.

El mixto de Castilla.
Oviedo.

Lección de Aritmética en una es-
cuela de párvulos.

El MAESTRO.—Vamos a ver, esto
es muy fácil: tú tienes quince pese-
tas en el bolsillo y pierdes diez...
¿Qué tienes en el bolsillo?

El NIÑO.—¡Un agujero!

Santiago Santacréu.—Madrid.

Piropo de mostrador.
—¡Me gusta usted más que un
metro noventa de longaniza!

Rigoletto.



GRAN VIA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

Entre músicos.
—¿Qué marcha es la que hubiera
oído Adán con más gusto?
—La marcha de Eva...

Pitito.

A nuestros suscriptores, de
Madrid y provincias, que du-
rante el veraneo cambien de
residencia, se les seguirá sir-
viendo nuestro semanario a
la nueva dirección, si nos ad-
vierten por carta, dirigida al
apartado 12.142, Madrid, el
cambio de domicilio.

En el Juzgado.
—¿Qué edad tiene usted, señora?
—He visto veintiocho primaveras.
—Entonces, ¿cuántos años hace
que está usted ciega?

Menesitas.—Madrid.



HERNIAS
Bragueros cien-
tíficamente.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

El colmo de un electricista.
Que su mujer se llame Luz, que
gaste sombrero flexible, que vaya
todas las noches alumbrado a su
casa y que lleve doce años viviendo
en la Bombilla.

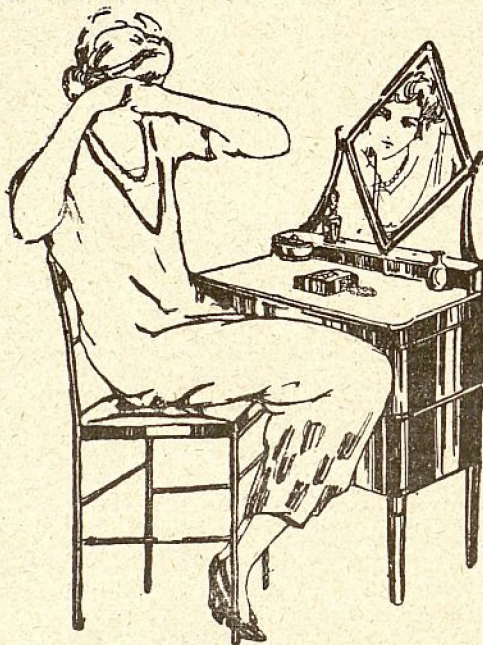
K. T. A. O.—Madrid.

CASA JIMÉNEZ
Primera casa en
OBJETOS PARA REGALOS
Aparatos fotográficos.
Cinematografía.
Preciados, 58 y 60.

—¡Todo, todo está muy carol
—¡Hombre, todo no, porque yo sé
de una cosa que se compra sin di-
nero!
—¿Cuál?
—La pesta Amor para limpiar me-
tales, porque Amor con amor se
paga.

Victoria Margalet.—Madrid.

Indra Perla



Es imposible imitar su oriente; son las más esti-
madas universalmente y los joyeros las reco-
miendan a su clientela por ser superiores a todas
las demás.

Collares Sautories, Aretes, Botones de pechera
y Alfileres de corbata.
EN TODAS LAS JOYERIAS

En la escuela.
El PROFESOR.—¿Qué pesa más,
un litro de agua o un litro de vino.
El DISCÍPULO.—Un litro de agua.
El PROFESOR.—¡¡Hombre!! ¿Y có-
mo es eso?
El DISCÍPULO.—¡Porque el litro de
vino no hay quien lo dé completo!

Félix Amezuza y Laura.
Bilbao.

*Por unos dientes bonitos
Saturnino se desvive.
Por lo cual sus novias usan
Licor del Polo de Orive.*

Muñoz Seca no quiere escribir
más obras en colaboración, porque
cuando se anuncia, por ejemplo,
una obra del citado autor y de Peri-
rico el de los Palotes, se entablan
en el público dialogos como el si-
guiente:

—En esta obra no hay ni una plu-
mada de Muñoz Seca.

—¿Porqué?

—Por una razón bien sencilla:
porque el que escribe es Perico-el
de los Palotes.

—¿Y Muñoz?...
—Muñoz, seca.

Un óptico.—Barcelona.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y le hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin tenerlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41.—Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.
Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas.
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas.
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Número suelto.	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.



GAUNDO

Dib. GALINDO.—Madrid.

—Seis horas esperando y sin haber cazado nada; y es que, claro, me he dejado olvidada la escopeta en casa.